



Mundo y fin de mundo
Chile en la política mundial 1900-2004

Joaquín Fernandois

INVESTIGACIONES

Mundo y fin de mundo

Chile en la política mundial 1900-2004

UNIVERSIDAD DE CHILE

Joaquín Fernandois



3 5601 15818 1978



(83)
327
F358
C.2

del Libro y la Lectura



EDICIONES
UNIVERSIDAD
CATOLICA
DE CHILE



CONSEJO NACIONAL DE LA
CULTURA Y LAS ARTES
Consejo Nacional del Libro y la Lectura



EDICIONES
UNIVERSIDAD
CATOLICA
DE CHILE

En el Ojo del Huracán de la Guerra Fría 1970-1973 ⁽²⁾

La inauguración del Gobierno el día 3 de noviembre mostró uno de los rasgos más perdurables de la relación establecida entre Chile y el mundo, a partir de los años de la Unidad Popular: la expectativa global de estar ante la presencia de una verdadera “utopía moderna”. Chile saltó en forma brusca al estrellato internacional. No sólo por la cantidad de invitados oficiales que se apretujaban en el Salón de Honor del Congreso, que se hacía estrecho. En las calles, junto a un inusual número de periodistas de todo el mundo, pululaban los “turistas políticos”, nueva especie del siglo XX, especialmente alertas tras el desarrollo de las nuevas revoluciones. Estudiantes, hombres y mujeres, activistas políticos, candidatos a guerrilleros, jóvenes académicos, maduros revolucionarios en receso; sobre todo, europeos y norteamericanos desencantados con su propia sociedad y de la carencia perspectivas revolucionarias en las grandes democracias industrializadas, proyectaban su sueño en la “experiencia chilena”. Serían un factor de peso en las nuevas vinculaciones entre la historia de Chile y el mundo.

Política exterior: nueva interpretación de la continuidad

Un poder revolucionario tiende de manera inevitable a propagar la revolución en su entorno internacional. Después, con el paso del tiempo, aprende a vivir y convivir con un sistema de estados muchas veces antirrevolucionario, que también debe adaptarse a la contraparte. El más grande poder revolucionario en el siglo XX, el comunismo en la Unión Soviética, comenzó a transitar ese camino al firmar el Tratado de Brest-Litovsk con Alemania imperial, el 3 de marzo de 1918.

En el caso chileno, donde la Unidad popular se sentía aún aprisionada por un sistema institucional de la “democracia burguesa”, la adaptación al sistema internacional tenía que ser mucho más cuidadosa. Desde un principio, la política exterior fue definida como una manera de facilitar los cambios internos, no sería en sí misma revolucionaria, sino que un soporte a la transformación de

la sociedad chilena¹. Lo auténticamente revolucionario sería la orientación internacional de Chile como sociedad, en relación a la *política mundial* del siglo XX. Los dirigentes, seguidos por una ardiente cantidad de chilenos y chilenas, jugaron la carta de la “construcción del socialismo”, teniendo como paradigma los sistemas marxistas. Algunos de ellos creían, en forma vaga, que el nuevo Chile conservaría algunas características propias, y no sólo la “transición al socialismo” sería única. En qué consistirían aquellos rasgos propios, eso no quedó jamás en claro.

El Ministro de Relaciones Exteriores fue Clodomiro Almeyda, el teórico de la revolución violenta. Su orientación hacia los sistemas marxistas permaneció invariable en estos años, e incluso después, cuando tuvo que dar testimonio de valor físico al ser prisionero entre 1973 y 1974 en condiciones incomprensibles para el observador. No pertenecería a la izquierda “renovada”, y de alguna manera una esperanza en un lejano futuro de inspiración marxista lo acompañaría hasta el final². Era uno de los líderes del socialismo, aunque su personalidad de profesor universitario y de teórico de la doctrina fueron vallas para alcanzar los altos puestos. Provenía de una familia de linaje profesional; en este sentido, era también parte de una “clase dirigente”. Preparado para el cargo, poseía también la habilidad táctica para moverse en el mundo práctico de las relaciones internacionales.

Para sorpresa de algunos que esperaban a una suerte de Trotzky antes de Brest-Litovsk, de revolución permanente en las relaciones internacionales de Chile, fue el estratega y ejecutor de una política exterior muy pragmática³. Supo vincularse bien con el personal de la Cancillería como con el cuerpo diplomático. Mantuvo una marcada continuidad en todo el ámbito de la diplomacia tradicional chilena. En todo aquello que no tocara asuntos de primera “necesidad ideológica” o programática de la Unidad Popular, había pocos casos atinentes, parecía que no había cambio de gobierno. Donde se tocaba lo considerado de “interés nacional”, Almeyda supo aproximarse a todos los sectores, incluyendo a los especialistas reconocidamente de derecha, como Julio Philippi⁴. Se trataba en general de cuestiones limítrofes, problemas de delimitación pendientes con Argentina. En estas negociaciones, hubo total continuidad, desde los últimos años de Jorge Alessandri hasta la publicación del fallo arbitral en mayo de 1977. Buena parte del estilo de cooperación se debió a Almeyda, como a la comprensión y habilidad personal que también mostró Allende. No hubo nada que se pareciera al estilo rupturista de la Cuba de Castro a los inicios de la revolución en 1959, o a la situación del gobierno militar a partir de septiembre de 1973.

Esto no quiere decir que Almeyda no haya promovido la finalidad estratégica de orientar el país hacia un orden revolucionario mundial. En la Conferencia

de los No-Alineados evitar resoluciones por “los medios caudales”, además, “no-alinea” “antiimperialista”. interpretaba a su je

(Me) orienté interna de Chile misma teoría nacer la defensa que formular ción al respecto todos los centros el discurso co

Es la toma de posición un “proyecto”, al inicio entre política situación conflictiva

En 1973, por ejemplo (1932-1976). Ven presas públicas chilenas del hombre de sal como embajador sectores liberales, otro elemento de

Fue entonces Clodomiro Almeyda en estos años. Los poderes producidos la política era una amplia cuota más que en la. Fue el mecanismo gozaba de una carrera. La Moneda nacionales, del tipo que tenían una función. Eran parte después. Les era “dependencia”, y internacionales, al

de los No-Alineados, entre bastidores, la delegación chilena era vigilada para evitar resoluciones que se suponían manejadas por delegados muy influidos por “los medios capitalistas”, refiriéndose en concreto a afganos e “hindúes”; además, “no-alineamiento” no significa neutralidad, sino que tenía un sentido “antiimperialista”. El delegado chileno Raúl Rettig, embajador en Brasilia, interpretaba a su jefe cuando le informaba:

(Me) orienté permanentemente por la tendencia actual de la política interna de Chile, por la actitud internacional que nace lógicamente de la misma teoría que inspira esa política interna y por el afán natural de nacer la defensa de las posiciones contingentes de nuestro país, a la vez que formular el ataque a sus agresores en el plano económico. Mi posición al respecto que, es obvio, no podía discordar de la sostenida por todos los centros de expresión (de) nuestro gobierno está contenida en el discurso con que participé⁵.

Es la toma de posición más clara que existe en torno a la defensa del país como un “proyecto”, al menos antes del gobierno militar, en donde no hay diferencias entre política interna y externa. Pero cuando había posibilidad de una situación conflictiva, Almeyda mantuvo una posición pragmática.

En 1973, por algunos meses, Almeyda fue reemplazado por Orlando Letelier (1932-1976). Venía del mundo de funcionarios internacionales o de las empresas públicas chilenas, militante del Partido Socialista. Con la ductibilidad del hombre de salón, unida al encanto de un sueño revolucionario, Letelier como embajador en Washington en 1971 y 1972, supo vincularse con los sectores liberales, lo que le sería muy útil más adelante, como exiliado y fue otro elemento de escándalo por su asesinato en 1976.

Fue entonces Clodomiro Almeida el alma que formuló la política exterior chilena en estos años. Operó por medio de la institución tradicional, la Cancillería. Los poderes presidenciales eran, en todo caso, bastante amplios para conducir la política exterior. El Presidente nombraba a los embajadores, y hubo una amplia cuota de enviados “políticos”, es decir, no profesionales, no mucho más que en la generalidad de los gobiernos de antes y de después de 1990. Fue el mecanismo mediante el cual el Gobierno colocó a su gente, aunque ya gozaba de una cuota de simpatizantes o militantes en los profesionales de carrera. La Moneda podía contar también con una falange de funcionarios internacionales, del tipo de Orlando Letelier, ya sea de la CEPAL o de la ONU, que tenían una fuerte simpatía por el marxismo o por las políticas de planificación. Eran parte de la izquierda “elegante”, o “red set”, como se llamaría después. Les era elegante conversar sobre teorías acerca de la “alienación” o la “dependencia”, pero su mundo vital giraba en torno a las organizaciones internacionales, al sistema académico de Europa Occidental o EE.UU., o al de

las fundaciones originadas en este último país. Este grupo influyó en propagar la imagen brillante que invistió al gobierno de Allende en el mundo.

Los gobiernos de la región, así como los aparatos diplomáticos de la mayoría de los países de Europa Occidental, para no hablar de Washington, miraban con escepticismo o alarma el desarrollo político en Chile a partir de septiembre de 1970. Pero en su opinión pública, en los medios de prensa, en los corrillos de los dirigentes políticos, la curiosidad, la fascinación, la simpatía o la expresa identificación, ponían otro elemento a ser considerado por los gobiernos respectivos. En los años sesenta, los gobiernos de la región habían participado de una política de aislamiento de Cuba. ¿Pasaría lo mismo con Chile?

Coexistencia con los países latinoamericanos

En principio, los países de la región debían ser hostiles al gobierno de Allende, cuya elección produjo alarma considerable. Salvo parcialmente el caso de Perú, los regímenes militares que predominaban tenían una legitimidad antimarxista. El hueso duro de roer era Argentina. Se añadían los problemas fronterizos y la dinámica de sus fuerzas armadas, en especial de la marina, que veían en una situación conflictiva con Chile un elemento más de legitimación. Entre 1955 y 1983 esta situación iba a modelar un aspecto importante de las relaciones. En caso de la instalación de un gobierno marxista, los militares chilenos temían de manera suma una actitud agresiva de Argentina, apoyada en forma tácita por EE.UU. No menos alarma creó en Buenos Aires el triunfo de Allende el 4 de septiembre⁶.

Las condiciones, sin embargo, habían cambiado para el gobierno militar argentino. Se había debilitado a partir de 1968. A mediados de 1970 Onganía, quien pretendía ser un Pinochet *avant la lettre*, había sido cambiado por el general Marcelo Roberto Levingstone, el que a su vez sería depuesto por el nuevo maestro del juego, el general Alejandro Lanusse. Se había esfumado el proyecto de un largo autoritarismo, y los militares se quedaron sin estrategia política ante los embates del peronismo que movilizaba a las masas. Es aquí donde entró Chile en la ecuación. Al mantener buenas relaciones con Santiago, al menos en lo público, Lanusse se adiestraba en su juego político, que consistía en colocarse como futura alternativa a Perón. Falló y aceptó entregar el poder a lo que veía como mal menor, otro peronista, Héctor Cámpora. Al mantener buenas relaciones con Allende, Lanusse tenía el ojo puesto en la opinión pública interna⁷.

El Embajador chileno, Ramón Huidobro, experimentado diplomático de carrera y gran amigo personal de Allende, comentaba en un informe de mayo de

1973, que Allende llegó a los países de manera que llegara a una solución. Levingstone, pero no. Con Lanusse,

(Cuando) se tramos el caso señalado. Le no, sirvieron Presidentes del gobierno argentino, el próximo Go

En efecto, las relaciones fueron aclamadas por una parte y rechazadas por otra. Allí se diferenció del Beato Almeyda, sino que mantuvo tanto al trinas tradicionales general, la izquierda

La declaración de convención” y en el una carta de pres respetabilidad int ción continental. cio exterior chil Antofagasta entre de Fidel Castro a Popular movilizat prensa de izquierda estos hechos.

Hubo un punto de ros” en agosto de bía huido de una nario. Tomaron el asilo. El gobierno Entretanto, las au que no había teni de los secuestrado

1973, que Allende le había encargado “afianzar las relaciones entre los dos países de manera que diferencias ideológicas no pudieran ser obstáculos para llegar a soluciones rápidas en asuntos pendientes”. No le fue fácil con Levingstone, pero su Canciller, José María de Pablo Pardo, le allanó el camino. Con Lanusse, las cosas mejoraron todavía más:

(Cuando) se hizo cargo del Poder Ejecutivo el General Lanusse, encontramos el camino abierto para cumplir los objetivos que se me habían señalado. Los móviles de política interna que guiaban al nuevo gobierno, sirvieron mucho a la aproximación y a las coincidencias entre ambos Presidentes (...) La embajada de Chile en Buenos Aires cree ver a partir del gobierno del General Lanusse una nueva etapa en la política exterior argentina, circunstancia que puede adquirir especial connotación en un próximo Gobierno constitucional⁸.

En efecto, las relaciones se distendieron. Allende viajó a Salta, donde apareció aclamado por una multitud junto a Lanusse, a quien nunca le había sucedido lo mismo. Allí se firmó el acuerdo de recurrir a una corte arbitral para el diferendo del Beagle. Esto no era resultado de la acción de la Cancillería de Almeyda, sino que la culminación de un largo proceso. Sólo que el Canciller mantuvo tanto al equipo como las directrices, que casi se confundían con doctrinas tradicionales acerca de la política exterior chilena, de cuyo espíritu en general, la izquierda había guardado distancia.

La declaración conjunta de los dos presidentes ponía el acento en la “no intervención” y en el “pluralismo político en la comunidad internacional”⁹. Era una carta de presentación que Lanusse ofrecía a Allende, donde certificaba su respetabilidad internacional. Nadie podría decir que Chile promovía la revolución continental. Argentina llegó a ofrecer generosos créditos para un comercio exterior chileno semi-paralizado. Lanusse devolvió la visita y viajó a Antofagasta entre el 16 y 17 de octubre siguiente, semanas antes de la llegada de Fidel Castro a Chile. Allende logró que sus aliados comunistas de la Unidad Popular movilizaran algunas fuerzas para saludar a Lanusse; en todo caso, la prensa de izquierda, tan adepta a denostar a los “gorilas”, estuvo moderada en estos hechos.

Hubo un punto negro, para ambas partes. Fue el episodio de “los guerrilleros” en agosto de 1972. Un grupo de terroristas (o guerrilleros urbanos) había huido de una prisión en Rawson, en el sur argentino, matando a un funcionario. Tomaron de rehén un avión y sus pasajeros llegaron a Chile a pedir asilo. El gobierno ni los devolvió ni los asiló, los mantuvo en detención. Entretanto, las autoridades carcelarias ejecutaron sumariamente a otro grupo que no había tenido éxito. La izquierda chilena presionó para lograr la libertad de los secuestradores en Chile, poniendo en aprietos a La Moneda, mientras

Buenos Aires y una parte importante de la opinión pública argentina exigían la entrega sin dilaciones, como el mismo gobierno argentino había hecho con una par de participantes en el fallido secuestro a Schneider en 1970.

La desconfianza subyacente de los militares argentinos frente al Chile de Allende salió a la superficie; en realidad, en apariencia, la misma ejecución de los guerrilleros tenía que ver con una lucha de poder entre Lanusse y los “duros” antiperonistas. A los pocos días, Allende, en vez de seguir la vía jurídica, es decir, que Argentina solicitase la extradición, un procedimiento largo, envió a los guerrilleros a Cuba. El criterio seguido por Chile lo expresó Carlos Altamirano: “Sabemos las consecuencias que esto puede traer, pero tenemos que ser solidarios con los revolucionarios de América, cualesquiera puedan ser esas consecuencias”¹⁰. Probablemente Allende y Almeyda no estaban muy alegres, pero sintieron la necesidad política de tomar esta medida.

La reacción fulminante de Argentina no se hizo esperar, se llamó al embajador y se enfriaron las relaciones a todos los niveles. La prensa argentina se hizo eco de la indignación de la Casa Rosada¹¹. El mismo Lanusse fue puesto en aprietos por sus colegas militares, y veía derrumbarse su política coexistencia con Chile. Con todo, la tensión bajó en forma rápida; Argentina no tenía muchas armas a las que recurrir en esos momentos. Las relaciones se normalizaron, y para el cambio de mando en Argentina el 25 de mayo de 1973, de Lanusse a Héctor Cámpora, Allende fue el invitado estrella de ambos presidentes¹².

El cambio no tuvo una significación pequeña. Subía el ala izquierda del peronismo. Parecía como si se estuviera produciendo un giro a la izquierda en el cono sur, excepto en Brasil. El aire del momento lo expresó Allende, diciendo que la presidencia de Cámpora “marcará indiscutiblemente, entre Argentina y Chile, la intensificación y profundización de nuestros vínculos y además, por cierto, una acción conjunta en la lucha por una América independiente, libre y soberana”¹³. El viaje de Allende a Buenos Aires fue un buen ejemplo de la “escena allendista”, el líder chileno como una figura de relieve en América Latina, al menos para una parte sustancial del público, y no sólo para la izquierda marxista. Ni el presidente de Cuba, Osvaldo Dorticós, un antiguo *apparatchik*, o el Secretario de Estado William Rogers, opacado por Henry Kissinger, podían competir con el chileno.

Era la superficie, o al menos un lado de la cara. Luego vendría la lucha de poder dentro del peronismo, la caída de Cámpora a comienzos de julio a manos del aparato del entorno del mismo Perón. Este dejaría caer un comentario algo despectivo sobre la política de la Unidad Popular (“miren cómo le ha ido al pobre Allende”) días antes del 11 de septiembre, como diciendo que él haría un gobierno distinto, para el cual es elegido por abrumadora mayoría días después. El peronismo era antimarxista, aunque de una manera diferente

a los militares chile de, aunque estaba de Chile.

Brasilia era el cust papel especial en leyenda popular de confrontación cor tiempos de Pedro entre ambos paíse: militar, y la gran j Allende. Se consid una isla que podía tar¹⁴. El embajad surgido del ala m estuvo a punto de dor en Brasil. Re radicales del Partí guible del marxist

Era el hombre pe líderes de la Unic exteriores (de Ch que informe la co habrían las mejora de Cuba ni sigue democrático en te daba a sus conter tras asistir en Arg internacional de C

En 1971, a raíz gobierno de este viados a Chile, a “bloqueo invisibl final¹⁷. No había frentamiento polí una señal clara a l sencia del embaj gabinete de la Ju primer gobierno c gobierno militar c años, aunque no

entina exigían la
había hecho con
1970.

Chile de Allende
ción de los gue-
e y los “duros”
vía jurídica, es
to largo, envió a
expresó Carlos
r, pero tenemos
ciera puedan ser
estaban muy ale-
a.

nó al embajador
itina se hizo eco
puesto en aprie-
coexistencia con
no tenía muchas
normalizaron, y
'3, de Lanusse a
residentes¹².

a izquierda del
a la izquierda en
Allende, dicen-
e, entre Argenti-
culos y además,
independiente,
buen ejemplo de
ieve en América
sólo para la iz-
cós, un antiguo
ado por Henry

dría la lucha de
os de julio a ma-
r un comentario
cómo le ha ido
diciendo que él
nadora mayoría
nadera diferente

a los militares chilenos, y el mismo Perón condenó el derrocamiento de Allende, aunque estaba preparado a coexistir de buena gana con el gobierno militar de Chile.

Brasilia era el custodio del antimarxismo en la región; Brasil había jugado un papel especial en las relaciones exteriores de Chile desde el siglo XIX. Una leyenda popular decía que Brasil era un aliado secreto de Chile, en caso de una confrontación con Argentina. Esto tuvo algún viso de verosimilitud en los tiempos de Pedro II. En el siglo XX jamás lo fue, aunque las buenas relaciones entre ambos países siempre fueron evidentes. Eran los años duros del régimen militar, y la gran prensa brasileña reaccionó con severidad ante el triunfo de Allende. Se consideraba a Chile más peligroso que Cuba, que “por último, era una isla que podía ser aislada”, según habría expresado oficiosamente un militar¹⁴. El embajador de Chile había sido un político prominente, Raúl Rettig, surgido del ala más de derecha del radicalismo chileno. Incluso en los 1950 estuvo a punto de batirse a duelo con Allende. Ahora, lo nombró su embajador en Brasil. Rettig había seguido con mansedumbre las tendencias más radicales del Partido Radical, que en el lenguaje formal lo hacían casi indistinguible del marxismo.

Era el hombre para Brasilia. Usando un lenguaje que jamás empleaban los líderes de la Unidad Popular, dijo que “el mantenimiento de las relaciones exteriores (de Chile) no se fundamentará por modo alguno, en la ideología que informe la conducta y la actitud de los gobiernos de otros países”, y que habrían las mejores relaciones con Brasil. “Chile no tiene un régimen igual al de Cuba ni sigue la misma política (...) Nosotros mantenemos un régimen democrático en toda su vigencia”¹⁵. En Brasilia, el embajador Rettig no recordaba a sus contertulios el mensaje que le había enviado al Canciller en 1972, tras asistir en Argel a una reunión de los No-Alineados, de que la política internacional de Chile nace “lógicamente” de la política interna¹⁶.

En 1971, a raíz del secuestro del embajador norteamericano en Brasil, el gobierno de este país liberó a alrededor de setenta detenidos que fueron enviados a Chile, a petición de Brasilia. Y esta capital no participó en ningún “bloqueo invisible” contra Chile, ofreciendo facilidades crediticias hasta el final¹⁷. No había conflicto abierto, pues Brasil no tenía *casus belli* para un enfrentamiento político. Sin embargo, es más que probable que haya enviado una señal clara a los militares chilenos para que derrocaran a Allende. La presencia del embajador Antonio Cándido da Camara en la jura del primer gabinete de la Junta, el 12 de septiembre, no sólo señalaba que Brasil fue el primer gobierno en reconocerla, sino que además la apoyaba activamente¹⁸. El gobierno militar chileno pudo contar con un entusiasta apoyo en los primeros años, aunque no duraría demasiado.

México, el tercero de los “tres grandes” de América Latina, dio una triunfal bienvenida a Allende en 1972. El presidente Luis Echeverría se identificó, en términos retóricos, con su figura; hizo de las buenas relaciones con Chile, parte de su presentación internacional. Allende devolvió la mano, dándole credenciales “revolucionarias” a Echeverría y al sistema mexicano de hegemonía del PRI:

Chile y México, cada uno de acuerdo con su propia realidad, su historia y sus costumbres. ¡No hay recetas para hacer la revolución! Cada país debe adecuar la parte que le concierne a su propia realidad. Ni ustedes ni nosotros exportamos revoluciones (...) La revolución en Chile y en México tiene perfiles propios, de acuerdo a las características de sus pueblos, de su propia historia y su propio contenido¹⁹.

No era lo que decía la izquierda mexicana sobre su sistema, pero Allende extiende un cierto manto de confusión acerca de su propio proyecto, en actitud coherente con la política internacional de La Moneda. De esta relación, Echeverría haría mucho paño después de la caída de Allende. La identificación retórica con la Unidad Popular era parte de su propia legitimación, aunque en muchos sentidos México haya sido a la vez un aliado relativamente estrecho de EE.UU.

Más cercano a las fronteras, estaban las siempre cargadas relaciones con Perú. No sólo no había *casus belli*, sino que desde el Tratado de 1929, nunca había existido un incidente digno de mención. Pero una parte del Perú, el país del Estado y del sentimiento nacionalista, ve en Chile al enemigo por antonomasia. Por otro lado, a veces la misma gente en otros momentos, la mayoría quizás, ve este recuerdo como una suerte de tentación peligrosa y la rechaza. Mas, la memoria persistente es un elemento entre ambas naciones.

Allende se había preocupado ya antes de las elecciones de 1970, de enviar un mensaje de buena voluntad a Velasco, cuyo portador fue nada menos que Pablo Neruda²⁰. Una vez electo, agradece en especial el mensaje de congratulación de Velasco, “al margen de todo formalismo protocolar”, poniendo énfasis en la seriedad y, con una alusión velada pero efectiva a una suerte de proyecto común revolucionario²¹. Allende hizo una visita de tres días a Lima en septiembre de 1971. En la Declaración Conjunta aparecen conceptos comunes y tonalidades “antiimperialistas”, como poner como objetivo la transformación del orden económico mundial, romper con la “dependencia”, impulsar las nacionalizaciones para facilitar “la transformación de las estructuras internas”²².

Chile apoyó calurosamente a Perú en su conflicto con EE.UU. por la expropiación de intereses petroleros norteamericanos, acto en que se había adelantado,

sans phrase, la doc ses aunaron es fue de una manera si llegaron los paral izquierda, había u militares también condujo a la ulter rencias con EE.U que no podía lucl el embajador Kor

Además, la “exp Sin embargo, en en la URSS, a pre fue seguido con p za latente, adem: La Moneda con l ción interna.

Al asumir Allende golpe del genera pero más imprec este gobierno, y un mensaje persc del mar se haría pueblos²³. En agc litar antimarxista mente el signo ic se produjo una c ristas; a la vez, e chilenos que hab ca, pero sin mayc biaron la inmovi.

El gobierno habí ca impidió concr futuro, el interca comercio intern: extranjeros, hací tica latinoamerica que el mismo go latinoamericana.

dio una triunfal se identificó, en ones con Chile, no, dándole cre- o de hegemonía

su historia
Cada país
Ni ustedes
Chile y en
icas de sus

a, pero Allende royecto, en acti- De esta relación, La identificación ción, aunque en ente estrecho de

iones con Perú. 29, nunca había Perú, el país del por antonomas- tos, la mayoría osa y la rechaza. ones.

70, de enviar un cada menos que aje de congratu- lar”, poniendo a una suerte de tres días a Lima n conceptos co- bjetivo la trans- “dependencia”, de las estructu-

por la expropia- abía adelantado,

sans phrase, la doctrina allendista de las “rentabilidades excesivas”. Ambos paí- ses aunaron esfuerzos en el CIPEC, que pretendía manejar el precio del cobre de una manera similar a como empezaba a hacerlo la OPEC. Pero hasta aquí llegaron los paralelismos. Por más que Velasco propusiera un populismo de izquierda, había una clara diferencia con el modelo marxista. Los otros líderes militares también se oponían a una radicalización, y en parte esto fue lo que condujo a la ulterior deposición de Velasco en 1975. El Perú arregló sus dife- rencias con EE.UU. por la expropiación, ya que Washington tal vez decidió que no podía luchar en dos frentes, y le ofreció una solución parecida a la que el embajador Korry había insinuado al gobierno de Allende.

Además, la “experiencia chilena” le robó estrellato a la revolución peruana. Sin embargo, en 1973 se veía venir la ingente compra de armamentos de Perú en la URSS, a precios muy rebajados, que también se le ofrecían a Chile. Esto fue seguido con preocupación por Santiago, ya que reforzaba una desconfianza latente, además que se añadía un elemento de tensión a las relaciones de La Moneda con las fuerzas armadas, cuando el país marchaba a su confronta- ción interna.

Al asumir Allende, Bolivia se deslizaba hacia un gobierno de izquierda, tras el golpe del general Juan José Torres, de orientación análoga a la de Velasco, pero más impredecible en su política concreta. Allende trató de acercarse a este gobierno, y envió al líder comunista, el senador Volodia Teitelboim, con un mensaje personal. Poco después, el general Torres dijo que la reconquista del mar se haría por medio de “la comprensión revolucionaria” de los dos pueblos²³. En agosto de 1971 Torres fue derrocado por un levantamiento mi- litar antimarxista, dirigido por el general Hugo Banzer. Cambió completa- mente el signo ideológico. Las relaciones, en la práctica, no cambiaron, pero se produjo una cierta batalla política. La Paz acusaba a Chile de cobijar terro- ristas; a la vez, el gobierno boliviano autorizó el exilio de algunos militares chilenos que habían conspirado antes de 1970, y que llevaban actividad políti- ca, pero sin mayores consecuencias. Las relaciones entre ambos países no cam- biaron la inmovilidad esencial que se había desarrollado a partir de 1962.

El gobierno había adherido con entusiasmo al Pacto Andino. La crisis económi- ca impidió concretar muchos programas. Más importante, y lo decisivo para el futuro, el intercambio económico con esos países, no tenía mayor peso en el comercio internacional de Chile. Pero el tono desconfiado de los capitales extranjeros, hacía del Acuerdo de Cartagena una buena plataforma para la políti- ca latinoamericana de Allende. Lo más decisivo, fue la amplia estela de simpatía que el mismo gobierno chileno despertó en la mayoría de la opinión pública latinoamericana. Esto perduraría por largo tiempo.

Europa Occidental y la “moderna utopía”

Ya se ha dicho que la marca más importante de la presencia del Chile de Allende en la *política mundial* fue su carácter de “moderna utopía”. Esto tiene su fe de bautismo en la recepción a la “experiencia chilena” en Europa Occidental. Aunque los diplomáticos de las principales potencias europeas veían con escepticismo no sólo la factibilidad de la “experiencia chilena”, sino que ponían en duda sus credenciales democráticas, no era el caso de la opinión pública europea y de su clase política. De manera casi unánime, veían en el caso chileno un intento de cambiar positivamente las condiciones sociales, combinando medidas socialistas, con una práctica democrática.

No se trataba de un juicio académico. Era una identificación emocional que creó el punto de fuga hacia donde se ordenaba la mirada y la apreciación sobre la Unidad Popular. Los gobiernos no podían sustraerse a ese clima, al momento de decidir qué política tomarían. En un caso de total identificación de un país europeo —se entiende, uno que no era marxista—, el de Suecia, se confesaba abiertamente que se tenía una conciencia culposa por su propia riqueza; que eso se compensaba con la cooperación a los países subdesarrollados que luchaban contra la pobreza; por ello en América Latina se ayudaba a Cuba en especial, y ahora se haría lo mismo con Chile. En el caso de Suecia, su embajador, Harold Edelstam, su entusiasmo por la Unidad Popular llegó tan lejos que hasta apoyó en forma activa los preparativos de lucha armada promovidos por Cuba²⁴. Sería todo un personaje durante en los primeros meses del gobierno militar. La actitud hacia la Unidad Popular fue hija del “68”, el ambiente de revuelta contracultural de fines de los sesenta. El fracaso de la “Primavera de Praga” fue un shock que se debía compensar con el hallazgo de otra situación que repitiera la conciliación de socialismo con democracia.

Esta al menos, era la explicación a posteriori. Porque en 1968 la revuelta no se dirigió en apoyo al programa de Dubcek y de la Primavera de Praga. En el espíritu de los rebeldes del 68 no se identificaba al “sistema occidental” con democracia; esta estaba a lo más en ciertos aspectos de la revolución contemporánea, en algunos rasgos del maoísmo, del castrismo y de otros “movimientos de liberación”. No era como para tranquilizar los ánimos del creciente antimarxismo en Chile, aunque a decir verdad, pocos o nadie en el país percibieron esta recepción triunfal que la cuna de Occidente dio a la Unidad Popular. Fue una forma de compensación de una civilización madura, que sueña con una sociedad simple y justa, más allá de las fronteras de una realidad que ha devenido carente del atractivo que encienda la imaginación.

No sólo los rebeldes del 68 compartieron esta simpatía por Chile, sino que también círculos más moderados, o hasta conservadores. Ellos procedían,

ségún la lógica, a más justicia. En la injusticia y la explotación podrían ser revoluciones aquél que aparecieron algunos de sus líderes desde una perspectiva. Ader derecho, y el que percibido en las c

Aunque los diplomáticos salvar la situación con entretenido. El era a propósito de la misión a su próxima the early glamour on many ways I. un obstáculo para la experiencia chilena

Inglaterra apoyaba ser el avance estratégico europeos del nos, mientras sus no dejaba de anhecho de comunicas. Un alto funcionario visitar el país, “no y respecto a lo que Chile debe responder actitud que la de remos”²⁶. Esto lo cidental. Lo mismo Eric Heffer:

Debemos con Allende. Es otros. Si el derrotado, eso debemos Debemos con sus líderes que están t

según la lógica, de que en Europa se debía respetar el orden, porque había más justicia. En los países del Tercer Mundo, en cambio, donde reinaba la injusticia y la explotación, se requería de cambios más abruptos, que hasta podrían ser revolucionarios. El lenguaje de la Unidad Popular, sobre todo aquél que aparecía en el extranjero, y la gran habilidad comunicacional de algunos de sus líderes, de Allende especialmente, ayudaron a fortalecer esta perspectiva. Además, en términos políticos, Chile todavía era un estado de derecho, y el que éste se fuera desdibujando en los años siguientes, no fue percibido en las ciudades europeas.

Aunque los diplomáticos europeos hayan sido más analíticos y realistas al pensar la situación chilena, se sentían envueltos en un mundo extraordinario y entretenido. El embajador de Inglaterra, al cerrar su comentario sobre el país a propósito de las tensas elecciones parlamentarias de marzo de 1973, en alusión a su próximo traslado a otro destino, añadía: "Although perhaps some of the early glamour has worn off, the Chilean experience is still fascinating and on many ways I shall miss"²⁵. Ni el carácter quizás flemático del embajador era un obstáculo para sentir una brisa tonificante de "fascinación" al vivir la "experiencia chilena".

Inglaterra apoyaba en forma pasiva a EE.UU., preocupada por lo que podría ser el avance estratégico soviético. Al mismo tiempo, como *todos*, los gobiernos europeos del momento, no tomaron ninguna actitud hostil hacia los chilenos, mientras sus intereses concretos no estuvieran en peligro. El embajador no dejaba de anotar que toda nacionalización de intereses británicos se había hecho de común acuerdo, y que en general no se tocaban a las empresas británicas. Un alto funcionario del Foreign Office, Joseph Godber, declaraba al visitar el país, "nosotros no podemos criticar lo que hace el gobierno chileno, y respecto a lo que se refiere a intereses de nuestro país, no tenemos quejas. Chile debe resolver sus propios problemas y nosotros no tendremos otra actitud que la de resguardar intereses nuestros, los que por supuesto defendemos"²⁶. Esto lo pudo decir el funcionario de cualquier lugar de Europa Occidental. Lo mismo se podría afirmar para lo que sostenía el diputado laborista Eric Heffer:

Debemos dar en el Partido Laborista nuestro más completo apoyo a Allende. Es importante (no sólo) para Chile sino también para nosotros. Si el experimento del Gobierno chileno de la Unidad Popular es derrotado, será una derrota para el socialismo en todo el mundo. Por eso debemos hacer presión para que Gran Bretaña dé créditos a Chile. Debemos desarrollar nuestro comercio con este país. Debemos pedir a sus líderes políticos que viajen a Gran Bretaña y expliquen el camino que están tomando²⁷.

Por último, el mensaje que enviaban los diplomáticos y funcionarios chilenos a los países europeos tenía un tono similar, parejo. A pesar de que España era un caso aparte en Europa Occidental, lo que le decía a Franco el embajador Agüero, podría haberlo repetido mucho funcionario de la Cancillería y líder político, no sólo marxista:

Le recalqué (a Franco y al ministro López Bravo) el deseo de Chile de poder sustituir, llegado el caso, parte de la ayuda extranjera que se recibe por la que pueda prestarnos España, por lo menos en actividades tecnológicas (...) Finalmente, puse en claro que la política a seguir basada en la no intervención en los asuntos propios de cada país, no significa que dejemos de observar atentamente el bienestar y desarrollo alcanzado por España en las últimas décadas procurando estrechar cada vez más las relaciones personales y oficiales en todos los sectores nacionales²⁸.

La defensa casi exclusiva de los intereses económicos fue siempre la constante de la política francesa, aunque el tono “gaullista” le había dado un matiz diferente. El público francés fue sin embargo uno de los más fervientes admiradores de la “experiencia chilena”, quienes acuñaron esta expresión. Desde las columnas de *Le Monde*, se extendían las alabanzas optimistas sobre esa tierra de utopía. Ya días antes del 11 de septiembre, miles de personas se manifestaron contra la posibilidad de golpe. Todo ello, mientras el gobierno de Pompidou era escéptico o lisa y llanamente no simpatizaba con la Unidad Popular, aunque sus funcionarios de niveles medios e inferiores, y hasta el mismo embajador en Santiago, sí lo hicieran. Tampoco era óbice para que se sintieran halagados ante el nombramiento de Pablo Neruda como embajador, al que se le hizo presentar sus credenciales en tiempo record; ni era óbice para que Pompidou le dijera algunas palabras en el sentido de la democracia occidental, de que Chile y Francia “deberían reforzar sus lazos, y están unidos según una antigua tradición fundada sobre los principios esenciales (...) vocación por los valores de la democracia, respeto de las leyes internacionales, no injerencia en los asuntos de los Estados soberanos”²⁹. No había veleidades tercermundistas en el lenguaje del presidente francés. En el caso de Inglaterra, se añadió, eso sí, el matiz de que se mantuvieron las excelentes relaciones con las fuerzas armadas chilenas, en paralelismo a la actitud norteamericana, con la diferencia que los chilenos siempre se han sentido mejor comprendidos por los ingleses³⁰.

Desde los cincuenta, la izquierda marxista había exigido abrir relaciones diplomáticas con la República Democrática Alemana. A pesar del Muro de Berlín —y no pocos de ellos, *por* el muro—, la admiración por ese régimen comunista iba en aumento, gracias a ese magnetismo que provoca la fuerza unida a la eficacia. Allende se enfrentaba a la Doctrina Hallstein, según la cual Bonn

rompía en forma : régimen comunis relaciones entre C un seguimiento ci autoridades chiler aquella se había i cosas para el gobi

Gobierno que no dental representat diplomático de ca Willy Brandt, Hei con el régimen de que a esta capital i se hiciera antes de se negociaba—, n abrirían nuevos p provocaba la “exp febrero de 1972, ; atmósfera de los (ayudó a esta diste aparecían los repo había dejos de sin

El caso más asom por el texto del er némesis de la izq El franquismo es siglo XX. Debía : contrario. Las rel con la idea de inv

Que Allende y Alr eso se entiende. I español el que ta Exteriores, Greg “europeísta” y de do nuevos interes al escenario post: mandó un mensaj de que tranquilic colectivización de de la Mora, un te

rompía en forma automática relaciones con el país que las estableciera con el régimen comunista, con la excepción de la URSS. Era el duplicado de las relaciones entre China y Taiwán. La embajada alemana se preocupaba de hacer un seguimiento crítico de todo contacto aunque fuera semi-oficial, entre las autoridades chilenas y las de Alemania Oriental³¹. Sin embargo, la doctrina aquella se había ido erosionando a fines de los sesenta, lo que facilitaría las cosas para el gobierno de Chile.

Gobierno que no quería ver dañadas las relaciones con Bonn. Alemania Occidental representaba el 10% de las exportaciones chilenas. Allende envió a un diplomático de carrera y hombre de su entera confianza a entrevistarse con Willy Brandt, Hernán Santa Cruz, para decirle que la apertura de relaciones con el régimen del Este no debía interpretarse como algo hostil a Bonn. Aunque a esta capital no le gustó nada el reconocimiento chileno —quería que no se hiciera antes de la firma de un tratado entre ambas Alemanias, que entonces se negociaba—, no reaccionó de mala manera, salvo para anunciar que no se abrirían nuevos programas de ayuda³². Bonn no se sustrajo a la simpatía que provocaba la “experiencia chilena”. Almeyda visitó Alemania Occidental en febrero de 1972, y Santiago no se sumó a una posición crítica hacia Bonn. La atmósfera de los Ostverträge, los acuerdos de Bonn con los países marxistas, ayudó a esta distensión. Hasta en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, donde aparecían los reportajes más críticos hacia de Chile de toda la prensa alemana, había dejos de simpatía con Allende.

El caso más asombroso fue el de España, como debe haber quedado en claro por el texto del embajador Agüero. Se suponía que la España franquista era la némesis de la izquierda chilena. Allende era hijo del Frente Popular de 1938. El franquismo es una de las expresiones más radicales del antimarxismo del siglo XX. Debía haber hostilidad, cuando no guerra política. Pasó todo lo contrario. Las relaciones fueron tan buenas que, en España, incluso se jugó con la idea de invitar a Allende a una visita. ¿Qué había sucedido?

Que Allende y Almeyda hubieran querido tener buenas relaciones con España, eso se entiende. Lo interesante es que, desde un comienzo, fue el gobierno español el que también extendió la mano abierta. El Ministro de Relaciones Exteriores, Gregorio López Bravo mantenía una política de orientación “europeísta” y de pretensiones “neutralistas” en la lucha bipolar, representando nuevos intereses que surgían en el aparato franquista, que hacían un guiño al escenario post-franquista, que un día tendría que venir. El mismo ministro mandó un mensaje confiado al embajador Lojendio, tan identificado con Frei, de que tranquilice a la colonia española, ya que es poco probable que la colectivización de la economía la alcance³³. El Ministro Gonzalo Fernández de la Mora, un teórico conservador, fue enviado a la transmisión del mando.

Venía acompañado por el director del *ABC*, el gran diario conservador y monárquico de España, Torcuato Luca de Tena. Este describió la situación diciendo que el chileno “carece de precedentes”, y que “el momento político chileno, al igual que la ceremonia descrita del Tedeum de la Catedral, es confuso, incitante, esperanzador y temible”³⁴. El periodista revela un toque de entusiasmo ante la “experiencia chilena”; al menos no reacciona con temor como la emoción dominante. No habría en Madrid ningún recelo ideológico a las buenas relaciones con Chile.

El nuevo embajador de España, Enrique Pérez Hernández, trabó relaciones personales con Allende, y proporcionó a Madrid un cuadro muy optimista de la evolución chilena, al menos hasta promediar 1972. Después se va llenando de alarma. Pero alcanzó a correr el agua bajo el puente. El ministro López Bravo visitó Chile en marzo de 1971. Le dice a Almeyda que está en el país por “el interés que las experiencias económicas y políticas chilenas están despertando en el pueblo español, en su gobierno y en mí personalmente”³⁵. Dando un paso más allá, el canciller Almeyda responde:

Interpretamos esta visita como expresión de la política de no discriminación ideológica del gobierno español, y como nuestra reafirmación de la vinculación tradicional y actual con España. Para los dos países la visita corresponde a un nuevo tipo de relaciones de carácter económico³⁶.

La antigua España “fascista” de la izquierda chilena, no sólo ha sido restada al campo “imperialista”, sino que es promovida a un rango, en lo cualitativo, más alto del sistema internacional. Más aún, Allende, sin estar protocolarmente invitado, asiste a la embajada de España a una recepción que se le hacía a López Bravo, y en un brindis el chileno tuvo algunas expresiones de elogio para Franco. La comitiva española estaba radiante, no quería más.

Allende le insistiría a Pérez Hernández que el ministro español López Bravo había sido el artífice de las buenas relaciones, y de sus labios sólo saldrían palabras elogiosas hacia España³⁷. El embajador reprobaba que el ex Presidente Frei mantuviera una actitud hostil hacia la Unidad Popular, como que a su vez no entendía la política de Madrid hacia Allende, lo que para él demostraba “espíritu estrecho y poca visión”³⁸. Es un menudo ejemplo acerca del encantamiento europeo con la Unidad Popular. Es cierto que el embajador justifica a España, añadiendo que se esfuerza porque Allende no siga el camino de Castro, y ven en el Presidente un tipo de política que no es igual a aquella de los partidos que lo acompañan, más abiertos al “extremismo”³⁹. Con todo, no deja de ser impresionante la apertura hacia la “experiencia chilena” por parte del representante del régimen de Franco. España mantendría una línea de crédito a Chile. Ofrecería ayuda comercial, aunque el intercambio era mucho

menor que el que se permitieron, que la contrato que después gobierno militar. M la celebración de la todo caso evitó que gandística de La M

El “imperialismo”:

La estrategia chilena del Gobierno en un la Cuba castrista por “imperialismo” — tendrían buenas re Simultáneamente, p el lazo esclavizante “imperialismo”.

Por otro lado, en t práctica, traslucía u EE.UU. Esto fue e desarrollada ante o herencia es una soci fueron enajenadas p les”, estaba mostran que en lo oficial tu años, envió un men con Chile las relac agresividad. Allend

(Yo) les digo a tro interés y n existirán muy que pedimos e memos más c recuperar para capitales extra

Fue una pieza de or todos sabían a quie había conflicto con bre, de propiedad

servador y mo-
vió la situación
mento político
catedral, es con-
la un toque de
iona con temor
elo ideológico a

trabó relaciones
uy optimista de
s se va llenando
ministro López
stá en el país por
as están desper-
ente”³⁵. Dando

no discri-
reafirma-
ra los dos
le carácter

a sido restada al
lo cualitativo,
rotocolarmente
e se le hacía a
iones de elogio
más.

ol López Bravo
os sólo saldrían
el ex Presiden-
, como que a su
a él demostraba
rca del encanta-
tador justifica a
mino de Castro,
t aquella de los
. Con todo, no
lena” por parte
ía una línea de
nbio era mucho

menor que el que se tenía con Alemania. Las circunstancias entre ambos países permitieron, que la empresa española Pegaso sentara reales en Chile con un contrato que después sería una espina clavada para la política económica del gobierno militar. Madrid parece haber sido el único país occidental que apoyó la celebración de la conferencia de la UNCTAD en Chile en abril de 1972, en todo caso evitó que se aplazara, hecho de magnitud para la proyección propagandística de La Moneda⁴⁰.

El “imperialismo”: las relaciones con Estados Unidos

La estrategia chilena ante Washington, al menos del Chile de la Cancillería y del Gobierno en un sentido estrecho, marcaba una clara diferencia con la de la Cuba castrista por ejemplo. En vez de iniciar un ataque frontal contra el “imperialismo” —eso estaba a cargo de los partidos de la coalición—, se sostendrían buenas relaciones con Washington, lleno de palabras cumplidas. Simultáneamente, por medio de la nacionalización del cobre, se iba a romper el lazo esclavizante más oneroso, de todos los que vinculaban al país con el “imperialismo”.

Por otro lado, en toda la estrategia general como, en parte, en su puesta en práctica, traslucía un claro propósito de erosionar la posición internacional de EE.UU. Esto fue en especial en el acercamiento a Cuba, como en la acción desarrollada ante organismos internacionales. Allende, al decir que “nuestra herencia es una sociedad dependiente, cuyas fuentes fundamentales de riqueza fueron enajenadas por los aliados internos de grandes empresas internacionales”, estaba mostrando el fondo y la forma de su política ante EE.UU.⁴¹. Nixon, que en lo oficial tuvo muy pocas palabras para el Chile de Allende en estos años, envió un mensaje diciendo que EE.UU. estaba preparado para mantener con Chile las relaciones que este país quisiera tener, un tono de indudable agresividad. Allende respondió:

(Yo) les digo aquí al pueblo y al gobierno norteamericanos que es nuestro interés y nuestro deseo el tener las mejores relaciones; por lo tanto existirán muy buenas relaciones entre Estados Unidos y Chile. Lo único que pedimos es el respeto a nuestro derecho de dictar las leyes que estimemos más convenientes y a tomar las medidas que sean necesarias para recuperar para Chile las riquezas fundamentales que están en manos de capitales extranjeros⁴².

Fue una pieza de oratoria de gran efecto. Sin nombrar expresamente a EE.UU., todos sabían a quien se refería. Fue la estrategia de La Moneda. En teoría, no había conflicto con EE.UU., sólo un enfrentamiento con las empresas del cobre, de propiedad de norteamericanos, que simbolizaban el imperialismo⁴³.

Sólo hacia 1973, cuando los chilenos se sintieron abandonados en lo económico por la URSS, se volvieron de manera tímida a buscar un acomodo con Washington en lo del cobre. La política exterior entera de la Unidad Popular tenía una orientación antinorteamericana, como no podía ser de otra forma, teniendo en cuenta los presupuestos de la Guerra Fría, que la misma coalición marxista representaba. Sólo que la política directa hacia EE.UU. no era confrontacional, y vivía de la ilusión de que no había conflicto formal entre ambos estados.

Paradójicamente, era la misma política de Washington hacia el Chile de Allende. Se tenía una política “correcta, pero fría”, según instrucciones de Kissinger, y que se la transmitió a Allende de manera oral el enviado norteamericano a la transmisión del mando, Charles Meyer, Subsecretario de Estado para asuntos Latinoamericanos⁴⁴. La verdadera política norteamericana hacia Allende seguía las recomendaciones del embajador Edward Korry, y partía del supuesto, de seguro correcto, de que la Unidad Popular intentaría crear una sociedad marxista en Chile, al estilo de la de Castro en Cuba, pero sin un Fidel Castro. Desarrolló esta idea en un largo y premonitorio memorandum de agosto de 1970, afirmaba:

Las fuerzas políticas que llevarán a Allende al poder pueden ser vistas, en su conjunto, como representantes de lo que cabría denominar “fidelismo sin Fidel”. En esencia, la Unidad Popular representa el mismo tipo de incómoda alianza entre nacionalistas revolucionarios y comunistas ortodoxos que Castro ha establecido en Cuba. Sin embargo hay dos diferencias fundamentales: Allende, político transaccional por naturaleza, no es Fidel; y al Partido Comunista chileno, el socio dominante en coalición de Allende, le cabe un papel político incomparablemente más activo que el que alguna vez desempeñó el PSP <Partido Comunista de Cuba hasta 1959> en su relación con Castro⁴⁵.

Si las cosas serían así, entonces, en opinión del embajador, se debería apoyar a las fuerzas de resistencia, en especial a los diarios de la que iba a ser la oposición. La prensa libre era pieza fundamental para la subsistencia de una opción no marxista, ya que se suponía que, aunque no deseable en sí misma, EE.UU. podría convivir con un gobierno militar anticomunista. Las razones estratégicas de la política norteamericana de confrontación *soft* con Chile, fueron tempranamente establecidas en una declaración “off the record” de Kissinger a periodistas norteamericanos el 16 de septiembre de 1970, pero que rápidamente se filtraría:

Ahora, es muy fácil predecir que si Allende gana (en el Congreso), hay bastantes probabilidades de que en algunos años establecerá algún tipo de gobierno comunista. En ese caso Ud. no tendrá un (gobierno

comunista) en una relación gobierno con. Entonces, no. Allende en Chile las fuerzas de realidad, para cómo es la si feliz para los

Como se ve, la Carter y lo colocó de in planes para impedir con Kissinger a la dejando en segundo recomendaciones

De esta manera, s americana hacia C oposición, la Derr donde destacaba e vertebral de la inf lar. Las instruccio Los recursos de a llamado “Comité de dólares, de los es la cifra conocida

Es cierto que 6.5 donde el mercado una cantidad sign eran suficientes pa ron ahora? La res del país, hizo que que las fuerzas op en lo financiero y tonces, y ha sido r ciera y logísticam creó al interior d superpotencias y Guerra Mundial, solicitaban la ayu bierno militar.

comunista) en una isla lejos de la costa, que no tiene tradicionalmente una relación y un impacto en América Latina, sino que Ud. tendrá un gobierno comunista en un país importante de América Latina (...) Entonces, nos debemos desengañar que la toma de poder por parte de Allende en Chile no presentará problemas masivos para nosotros y para las fuerzas democráticas y pro norteamericanas en América Latina; en realidad, para todo el hemisferio occidental (...) Pero Ud. me preguntó cómo es la situación. Es una de esas situaciones que no es demasiado feliz para los intereses norteamericanos⁴⁶.

Como se ve, la Casa Blanca tomó en serio el propósito de la Unidad Popular, y lo colocó de inmediato en el marco de la Guerra Fría. Tras el fracaso de los planes para impedir el acceso de Allende al poder (Cap. XI), la Casa Blanca con Kissinger a la cabeza, que tomó la política hacia Chile por los cuernos, dejando en segundo plano al Departamento de Estado, se volcó a escuchar las recomendaciones del embajador Korry.

De esta manera, surgió lo que iba a ser la viga maestra de la política norteamericana hacia Chile. Por una parte, se financió a los partidos políticos de oposición, la Democracia Cristiana y el Partido Nacional; y a la prensa, en donde destacaba el diario *El Mercurio*, que encabezaba una cadena, columna vertebral de la información que estaba más allá del alcance de la Unidad Popular. Las instrucciones salieron de un documento del 6 de noviembre de 1970. Los recursos de acuerdo a las fuentes norteamericanas, se autorizaron por el llamado "Comité 40" de la Casa Blanca, y sumaron un total de 8.8 millones de dólares, de los cuales se gastaron hasta 1973, 6.5 millones de dólares⁴⁷. Esta es la cifra conocida.

Es cierto que 6.5 millones de dólares a comienzos de los setenta, en un país en donde el mercado negro llegó a multiplicar varias veces el cambio oficial, era una cantidad significativa, que potenciaba a la oposición. Mas, los dólares no eran suficientes para desencadenar un golpe militar en 1970, ¿por qué lo fueron ahora? La respuesta más obvia, es que la confrontación desatada dentro del país, hizo que esa ayuda haya sido, quizás, un elemento de gran peso para que las fuerzas opositoras pudiesen sobrevivir, porque se encontraban cercadas en lo financiero y necesitaban ese recurso externo. Como se sospechaba entonces, y ha sido más que confirmado después, la URSS y Cuba asistían financiera y logísticamente a los partidos de la Unidad Popular. El torbellino se creó al interior del país; esto originó un campo magnético que atrajo a las superpotencias y al activismo internacional. Como sucedía desde la Segunda Guerra Mundial, no era extraño que hayan sido los actores internos los que solicitaban la ayuda externa. Esto sería así también durante los años del gobierno militar.

Que los opositores a la Unidad Popular no hayan podido sobrevivir sin el apoyo económico externo, dice mucho acerca de las condiciones del período. La embajada norteamericana recibía, en forma constante, el mismo mensaje de los opositores, casi unánime, de que la Unidad Popular se deslizaba a una dictadura, a la toma del poder total, que estaba asfixiando económicamente a la oposición. Es cierto que los recursos que provenían de EE.UU. no se destinaban de manera exclusiva a la supervivencia de la prensa y activismo político, sino que también se derivaron a incitar la contramovilización, que debía culminar con la caída de la Unidad Popular —para algunos— o a forzarla a abandonar su programa “maximalista” para otros; estos últimos, en especial demócrata cristianos, también tendían a confundir ambas expectativas. La sensación permanente para los opositores era la de estar arrinconados. Durante el Paro final de la movilización, a la que se adhirieron muchos gremios, a partir de fines de julio de 1973, se comenzaron a agotar los fondos para mantener en huelga a los transportistas. En 1972, Renán Fuentealba, quien sería uno de los firmantes de la declaración que condenaría el golpe militar —pero reconociendo la violencia de la “ultraizquierda”— decía a un funcionario de la embajada norteamericana, que las fuerzas del gobierno estaban cercado ya casi sin remedio a la oposición, la que moría por asfixia⁴⁸.

Quizás los norteamericanos preferían que las elecciones terminaran con Allende; lo importante para ellos, era detener el “experimento marxista”. Nada es más claro en este sentido, que mientras Washington fue terminando con toda ayuda directa o multilateral, mantuvo e incluso aumentó la asistencia militar. Era un mensaje inequívoco de que el problema no era con las fuerzas armadas chilenas. Todo lo contrario; los aportes subieron y además se incentivó la venta de aviones de combate norteamericanos, alcanzándose un acuerdo preliminar; serían los F-5 que llegaron al país en vísperas de la Enmienda Kennedy, en 1975. No se vaya a pensar que eran cifras estratosféricas. El año en que se recibió más ayuda militar fue 1972, con 2.2 millones de dólares⁴⁹.

La asistencia militar hacía contraste con el paulatino fin de la ayuda económica directa o multilateral (BID, AID,...) que se dio en estos años. A esto se refería Allende con el “bloqueo invisible”, expresión que se hizo común después. Habría sido la causa de la crisis económica en Chile. Como se verá luego, había motivos internos que explican de sobra la crisis económica. En lo que toca a EE.UU., la disminución de la ayuda comenzó antes de 1970, como parte de una política general de Washington. Sólo se acentuó más con la llegada de la Unidad Popular, y se esfumó todo ánimo de darla. Va contra toda lógica formal el que EE.UU. hubiera podido colaborar en un proyecto que se dirigía contra los intereses norteamericanos, en lo político y en lo económico.

El otro frente contra EE.UU. fue la nacionalización del cobre. Según un viejo

propósito y principio que estaba en man... rrían en esta política... respuesta de la U... descontando las “r... desarrollo de los pa... países “dependient

En el caso de las e... del 10% a partir de... que las compañía... indemnización (m... debería devolver n... llones. Algo de est... do con EE.UU. L... la Constitución. l... nacionalización, a... nativa. Incluso el... negociar la indem

Las compañías em... tigura al gobiern... simpatizara con el... terés”, torpedeara... en su lucha contr... ble lenguaje jurí... embajador Korry... nada en la práctic... las “rentabilidad... de los partidos de

Las compañías, e... Departamento de... el gobierno de N... cobre chileno en... ble”, a pesar de... simpatías por la “... mía chilena un e... cobre en Europa... tenían un argum... de apelación a u

La Moneda quer... propiedad de la l

propósito y principio casi fundante de la izquierda chilena, se expropiaría el que estaba en manos de empresas de propiedad norteamericana. Otros concurrían en esta política, pero siempre se habían preguntado, ¿cómo pagarlo? La respuesta de la Unidad Popular fue simple, casi propia al gran Condorito: descontando las “rentabilidades excesivas”. Como el subdesarrollo se debía al desarrollo de los países capitalistas, estos le “debían” recursos monetarios a los países “dependientes”.

En el caso de las empresas del cobre, se les fijó una rentabilidad “razonable” del 10% a partir de 1955, la legislación del Nuevo Trato; como se “descubrió” que las compañías se habían excedido en las ganancias, se descontó de la indemnización (monto discutido); resultó que al final del día la Kennecott debería devolver más de 300 millones de dólares, y la Anaconda unos 67 millones. Algo de esto había exigido Perú antes, pero alcanzó después un acuerdo con EE.UU. Los chilenos se mantuvieron intransigentes, refugiándose en la Constitución. En efecto, ella experimentó una reforma para permitir la nacionalización, así que era casi imposible para La Moneda negociar una alternativa. Incluso el gobierno militar debió recurrir a resquicios legales para negociar la indemnización con la que se llegó a un acuerdo final en 1974⁵⁰.

Las compañías emprendieron primero una campaña para que Washington castigara al gobierno chileno. Pero la Casa Blanca era renuente, no porque no simpatizara con ellas, sino porque no deseaba que un apoyo expreso a un “interés”, torpedeara su política más profunda, de respaldar a la oposición chilena en su lucha contra La Moneda. El gobierno chileno, refugiado en su impecable lenguaje jurídico, ni siquiera se abrió a una proposición de alternativa del embajador Korry, según la cual el país austral no hubiera tenido que pagar nada en la práctica; en lo concreto, era también una renuncia a las doctrinas de las “rentabilidades excesivas”. Aunque Allende mostró algún interés, el veto de los partidos de la Unidad Popular era demasiado estricto⁵¹.

Las compañías, en especial la Kennecott, que a su vez estaban molestas con el Departamento de Estado porque creían no ser suficientemente defendidas por el gobierno de Nixon, iniciaron una campaña legal para impedir las ventas de cobre chileno en Europa. Esto parecía dar alas a la teoría del “bloqueo invisible”, a pesar de que hasta a los jueces parisienses les era difícil ocultar sus simpatías por la “experiencia chilena”. Aunque no alcanzó a afectar a la economía chilena un embargo precautorio contra unas pocas miles de toneladas de cobre en Europa, el asunto se divisaba complicado, puesto que las compañías tenían un argumento de peso, la ausencia de indemnización y de mecanismos de apelación a una instancia independiente de los poderes chilenos.

La Moneda quería nacionalizar a toda costa la Compañía de Teléfonos de Chile, propiedad de la ITT, sin tener todavía información alguna sobre su ingerencia

política. Y sometió a sus ejecutivos a una implacable “marcación al hombre”, para obligar a la firma a negociar en condiciones impuestas por Chile. En eso estalló el escándalo en marzo de 1972, con los “ITT Papers” publicados por el afamado periodista Jack Anderson en EE.UU. Esto fue aprovechado por el gobierno de Allende que se apresura a publicar los informes en español. Se ha dicho que no dicen demasiado, y que pocos se han asomado a leer los “Hearings” sobre la ITT en el Senado norteamericano, que entregan un panorama diferente, de mayor debilidad de la empresa, aunque por cierto intentó hacer lo que se podía. Y nada pudo⁵². Intentó concertar, a fines de 1971, los intereses norteamericanos en Chile, para presionar al Departamento de Estado, al que consideraban “soft”; y nada pudo, aunque William Rogers, entonces Secretario de Estado, les asegurara que la administración Nixon era una “business administration”⁵³. Por cierto, ese gobierno tenía su estrategia hostil a Chile, pero ni la iba a revelar a los empresarios y ejecutivos, ni se iba a dejar a arrastrar a tomar medidas contraproducentes. Lo que algunos llamaban el “capital transnacional” era bastante torpe a la hora de pensar políticamente la situación internacional. Por lo demás, no se debe olvidar ni por un solo momento que otra cara del “capitalismo”, la banca norteamericana, renegoció sin mayor problema una reestructuración de la deuda a comienzos de 1972, así como otros acuerdos de nacionalización pactada con algunos intereses en particular.

Poca duda cabe que el mensaje que recibían los uniformados chilenos, era que su intervención sería bienvenida. El mismo Patricio Carvajal en diciembre de 1973, afirmaba que antes del 11 de septiembre había visitado EE.UU. e Inglaterra, y que en ambos países le habían preguntado, que “cuándo se iban a librar de los marxistas, y ahora les piden que sean blandos con ellos”⁵⁴.

Keynesianismo a ultranza, inflación, reservas, mercado negro

Se ha hablado acerca del “bloqueo invisible”, que EE.UU. habría impuesto sobre Chile, cuya economía, “dependiente” de créditos del sistema financiero norteamericano, y de las instituciones internacionales en las cuales el voto de ese país tenía un peso considerable, habría encontrado las puertas cerradas para continuar con su desenvolvimiento internacional, lo que habría conducido a una crisis de balanza de pagos y de escasez. Estos se habrían sumado al boicot interno que le efectuaron los sectores productivos y comerciales, para provocar escasez y la consiguiente reacción de los sectores medios.

Que esta sea una explicación adecuada requeriría de dos supuestos. Primero, que EE.UU. hubiera ayudado a financiar la “vía chilena”, cualquiera hubiera sido el fin estratégico de ésta. Segundo, que los empresarios chilenos hubieran mostrado una capacidad de organización y renunciación a sus intereses

inmediatos en potencia hace de ma dirigía contra sus ir muchos otros ofici to económico, que

La economía chile nerse en el precari (Cap. VII). Esto r vivido con este fir siglo XX, lo que no es raro. La misma proponía con el T tas”, a lo sumo co EE.UU. La inflaci en el mero contex de la economía el Los supuestos sob Popular, cuyo im Vuskovic, aparece su momento, no t

La Unidad Popula todas las experienc tor de la població articular una opos na ayuda adiciona expropiación. En tuaba en condicio tuar una expropia ción a la caída del tenía en la polític por lo que nadie población tuviese sería lógico.

De ahí que se des para vastos sector expropiación mas los “resquicios leg de los ingresos. I sueldos y salarios, un 8,5%, aunque

ción al hombre”, por Chile. En eso publicados por el ovechado por el en español. Se ha mado a leer los entregan un pa- por cierto inten- ines de 1971, los amento de Esta- n Rogers, enton- n Nixon era una t estrategia hostil , ni se iba a dejar inos llamaban el políticamente la por un solo mo- na, renegoció sin zos de 1972, así intereses en par-

chilenos, era que en diciembre de EE.UU. e Ingle- uando se iban a n ellos”⁵⁴.

negro

habría impuesto stema financiero cuales el voto de puertas cerradas :habría conduci- brían sumado al :omerciales, para edios.

uestos. Primero, alquiera hubiera hilenos hubieran a sus intereses

inmediatos en pos de un objetivo esencialmente político. Ninguna gran potencia hace de manera consciente lo primero, financiar un proyecto que se dirigía contra sus intereses; al tipo humano del empresario y comerciante, como muchos otros oficios, le es extraña esta conducta, de un cálculo ajeno al ámbito económico, que implicaba el segundo supuesto.

La economía chilena requería de financiamiento externo para poder mantenerse en el precario equilibrio que la caracterizaba en la “época del subsidio” (Cap. VII). Esto no tiene nada de anormal; la economía norteamericana ha vivido con este financiamiento externo gran parte de la segunda mitad del siglo XX, lo que no da señales de cambiar a comienzos del siglo XXI, y ello no es raro. La misma Unidad Popular pensaba en esta integración. Sólo que la proponía con el Tercer Mundo, con el bloque soviético y los países “socialistas”, a lo sumo con el aporte de países de Europa Occidental, pero no con EE.UU. La inflación y la crisis de balanza de pagos no pueden ser explicadas en el mero contexto de la falta de recursos externos. Fue el desarrollo interno de la economía el que produjo la crisis de la balanza de pagos y la inflación. Los supuestos sobre los cuales se efectuó la política económica de la Unidad Popular, cuyo impulsor y principal cabeza en el período inicial fue Pedro Vuskovic, aparecen *a posteriori* increíblemente ingenuos e irresponsables. En su momento, no tuvieron mucha crítica internacional.

La Unidad Popular quería efectuar la “transición al socialismo” en Chile. En todas las experiencias, el poder revolucionario había podido expropiar un sector de la población, y el consumo se había restringido, sin que se pudiera articular una oposición política. Una parte de la población podía recibir alguna ayuda adicional, alguna ganancia tangible, en general producto de aquella expropiación. En el caso chileno, esto no podía hacerse. La transición se efectuaba en condiciones de “sociedad abierta” en lo político, y no se podía efectuar una expropiación drástica y masiva de bienes que sirviera de compensación a la caída del nivel de vida en muchas otras áreas. También, la izquierda tenía en la política chilena una tradición de oferta populista y redistributiva, por lo que nadie podía imaginar que una vez en el poder, el grueso de la población tuviese que privarse de algunos ingresos, y no aumentarlos como sería lógico.

De ahí que se desarrollara un programa con un fuerte aumento de los ingresos para vastos sectores de la población, incluso algunos medio-altos, junto a una expropiación masiva de acuerdo a interpretaciones extremas del cuerpo legal, los “resquicios legales”. Estas, en sí mismas, no podían significar un aumento de los ingresos. Para ello, se emitió una gran masa monetaria que aumentó sueldos y salarios, provocando un crecimiento sorprendente PGB en 1971, de un 8,5%, aunque unos pocos especialistas en Chile y en el extranjero miraran

con incredulidad. Entre diciembre de 1970 y diciembre de 1973, la cantidad de dinero creció en 3.255%⁵⁵. El chileno promedio tuvo una sensación de tener “más plata” que nunca; en 1971 parecía que la cantidad de dinero en los bolsillos era una realidad nueva y maravillosa; incluso quienes temían el programa de la Unidad Popular y no fueron afectados en forma directa por una expropiación o “toma”, gozaron el momento como un acabo de mundo. Este uso intensivo de la política monetaria para activar y traspasar a la población una gran cantidad de recursos, es lo que se podría llamar “keynesianismo a ultranza”.

Hasta al mismo Eduardo Frei le llamaba la atención a sus antiguos colaboradores, de que esta política económica habría demostrado que se podía emitir más dinero de lo que se creía, y que por qué sus consejeros económicos no lo habían dejado hacer eso⁵⁶. La teoría consistía en que al inyectar dinero en la economía, este se gastaría en adquirir bienes que serían cubiertos por la “capacidad ociosa” de la producción. Con los precios controlados, no podría haber inflación. Por casi un año, todo parecía funcionar sobre ruedas. Por primera vez, un proceso revolucionario, en vez de demandar sacrificios a la población, le entregaba beneficios tangibles, inmediatos. Por cierto, había en esto una estrategia política, de recoger dividendos en forma de apoyo electoral y de favorecer la movilización (Cap. XII), una suerte de gran cohecho, que se vio manifestado en el enorme apoyo recibido en las elecciones municipales de abril de 1971.

También había una creencia genuina en que la política podía superar a la economía. Es curioso, pero desde el corazón del materialismo histórico, el marxismo, podía surgir una voluntad que se pusiera por meta abolir las regularidades de la producción económica; el marxismo chino y el castrismo son los ejemplos más evidentes de esta situación. En cierta manera, el caso chileno vino a ser una analogía. Mas, sin sacrificios, y a ello ayudó la veta populista, distribucionista, del marxismo chileno, que incitaba al consumo y consumismo exacerbado, que haría indolora la experiencia para la gran mayoría de la población.

Claro, esto era 1971. La némesis vendría después. Ya la contramovilización que se desencadenó, de manera más activa, a partir de la visita de Fidel Castro (la “Marcha de las Cacerolas Vacías”) estuvo relacionada con las primeras percepciones de escasez. El aumento de la masa monetaria llevó a agotar los productos y al crecimiento de las importaciones, que evaporó las para entonces considerables reservas de divisas heredadas de la administración Frei, 500 millones de dólares, equivalente a más de la cuarta parte de las exportaciones del país.

Apenas los productos empezaron a escasear, su precio oficial era considerablemente más bajo que el “valor de cambio”, surgió el “mercado negro”, que por

lo demás reflejaba momentos. Esto son muchas cosas surgieron al efecto mostraría que el “manera estratégica

Esta interpretación puede sacrificar la tético, de lo que hubiera necesitado ración” olvida que tribución y comer práctica eran feud que una parte con de la economía co conspiración de la Abastecimiento y Hubiera supuesto observarla en la v

La explicación más del mercado”. Lo pleados, obreros, cómo el producto del mercado negro todavía considera expropiado, se for este comercio. De los bienes sometid aunque este estuv La ganancia era re hasta ese momen

Era una posición Salvo en momen: apelar verosímilr: bres y mujeres ti: colocar sus reser mediados de octu ta, aunque para n

El engranaje ecor ción general de la

lo demás reflejaba el precio de mercado en las condiciones del país en esos momentos. Esto se agudizó hasta lo inverosímil hacia 1972 y 1973. Aparecieron muchas cosas antes “desabastecidas” en septiembre de 1973, y todas ellas surgieron al efectuarse el gran reajuste de precios en octubre de 1973. Esto mostraría que el “acaparamiento” era una política consciente, planificada, de manera estratégica, para provocar crisis y ayudar a un golpe de Estado.

Esta interpretación supone la existencia de una burguesía, alta y pequeña, que puede sacrificar la ganancia en forma disciplinada en pos de un objetivo estratégico, de lo que no hay ejemplo en el mundo y, en Chile, es probable que se hubiera necesitado de una cuota adicional de heroísmo. La tesis de la “conspiración” olvida que la mayoría de los sistemas más grandes de producción, distribución y comercialización estaban controlados por el Estado, aunque en la práctica eran feudos de diversos grupos de la Unidad Popular. Es presumible que una parte considerable del “mercado negro” se haya originado en el sector de la economía controlado por el gobierno y sus partidos. ¿Era entonces una conspiración de la Unidad Popular, para manejar a la sociedad vía las Juntas de Abastecimiento y Precio, las JAP, como sostenían muchos en la oposición? Hubiera supuesto una disciplina y organización social que era muy difícil observarla en la vida cotidiana de ese entonces.

La explicación más verosímil es, en el fondo, muy antigua, la “espontaneidad del mercado”. Los actores que producían —comerciantes, empresarios, empleados, obreros, campesinos, dueños de talleres— palpaban todos los días cómo el producto que tenían entre manos poseía un doble valor: el oficial y el del mercado negro. Ya sea en la empresa y actividad privada, reducida pero todavía considerable; o en el gigantesco aparato estatal o recién intervenido o expropiado, se formó casi de manera instantánea la disposición a participar en este comercio. Desde ambos sectores, surgió la poderosa fuerza que succionaba los bienes sometidos a precios artificialmente bajos, y los conducía a un mercado, aunque este estuviera a su vez algo distorsionado por la sensación de escasez. La ganancia era real; también muchos sólo podían vivir como lo habían hecho hasta ese momento si recurrían a este mecanismo.

Era una posición comprensible desde el punto de vista moral, quizás justa. Salvo en momento de grave peligro, de corta duración, en donde se puede apelar verosímilmente a la “unidad nacional” y a un sacrificio general, hombres y mujeres tienen el derecho a recurrir al intercambio en sus bienes, y a colocar sus reservas en moneda dura. Sólo el fuerte reajuste de precios de mediados de octubre de 1973, volvió a crear las condiciones normales de oferta, aunque para muchos a un nivel de sufrimiento que se arrastraría por años⁵⁷.

El engranaje económico empezó a sufrir no sólo por la inflación y la disminución general de la actividad a partir de 1972, sino en forma más decisiva por el

agotamiento de los recursos externos. El gigantesco aumento del gasto interno fue alimentado, además de billetes, con el crecimiento de la importación de bienes de consumo. Las reservas internacionales importantes, que se habían heredado, se esfumaron en gran medida ya en 1971. No se podía avanzar hacia un incentivo en las exportaciones y el precio del cobre bajaba ininterrumpidamente hasta comienzos de 1973 (ahí comenzó a subir).

La Unidad Popular todavía no había podido establecer al “poder popular”, una consigna favorita, como el centro superior de poder en Chile. No podía ejercer lo de otras revoluciones, que saben imponer sacrificios, aún a precios horrendos. Todas ellas entregaron alguna cuota de ventajas a sus partidarios. Quizás los beneficios no eran sólo “materiales”, sino que consistían en ese intangible seductor del poder en sí mismo, o la sensación de tal. Y con la otra mano estaba la dispensa de poder y represión. En el “momento de los quiubos”, como se dice en Chile, el mismo gobierno militar se comportaría de manera revolucionaria en lo económico, al menos entre 1975 y 1976. No lo podía hacer la Unidad Popular en 1972 y 1973. Fue la contradicción más grande de la izquierda hasta 1973, conducir una revolución del consumo sin tener las herramientas para volver sobre sus pasos.

La alternativa era o inducir un “ajuste” al modo clásico, que era impensable para la izquierda dentro de un sistema abierto; dar un salto en el control del poder que le permitiera apoderarse de los llamados “excedentes” de la “burguesía”, de lo que trató la política en 1971 y 1972, pero era una situación que estaba empataada por el conflicto desatado desde el “Paro de Octubre” en 1972. Secas las otras fuentes, Allende y la Unidad Popular muy temprano jugaron con una carta, que en el fondo siempre había estado en su fundamento político, la ayuda solidaria del “bloque socialista” encabezado por la Unión Soviética.

El paradigma lejano: el bloque soviético

Se ha hablado acerca del impacto instantáneo de la Revolución Rusa en la política chilena; que había llegado, además, a terreno abonado. El Partido Comunista, desde los días de Luis Emilio Recabarren, tuvo a la Unión Soviética como el paradigma esencial hacia donde debería orientarse Chile. Había obtenido ayuda económica que no era insignificante; era menor que la que recibió la campaña antimarxista en 1964 y la misma Democracia Cristiana, pero con la diferencia que asistía a una organización políticamente eficiente y motivada como era este partido. Era probable que, incluso, rindiera mucho más.

Esto no quiere decir que el comunismo criollo fuera un “agente” soviético y tampoco que la CIA le pagaba a sus “agentes”. Como se ha dicho con insistencia a lo largo de este libro, el marxismo fue una religión política que pudo

extraer una abne-
tado a Moscú, p
enfrentaron, poc
hasta morir, y se
la mayoría de ello

Los modelos ma
narios del Tercer
izquierda chilena
tituyente esencia
sobre todo la UF
mutuas, represen
“fase superior” d
intercambio econ
del sistema domi

Aunque la ayuda
menor que lo qu
dara sus ilusione
ción chilena. Sol
la izquierda chil
rincón aislado de
porcionaba el se
que eran una pie
desarrollo planet

Frei había reanu
álgido de la ofen
establecidas por
estaban satisfech
una orientación
taba al “imperial
asunto es que a
chileno, al cual a
dad una estrateg
indiferentes los a
afectaban a Wash

Moscú se había p
que militar, en A
Frei, aunque era
suponía comprar
de expresó que e
ción que le deriv

o del gasto inter-
la importación de
es, que se habían
día avanzar hacia
ininterrumpida-

“poder popular”,
Chile. No podía
os, aún a precios
a sus partidarios.
consistían en ese
tal. Y con la otra
de los quiubos”,
ortaría de manera
76. No lo podía
in más grande de
mo sin tener las

impensable para
control del poder
a “burguesía”, de
que estaba empa-
1972. Secas las
ron con una car-
político, la ayuda
iética.

ción Rusa en la
ado. El Partido
la Unión Sovié-
se Chile. Había
enor que la que
cracia Cristiana,
nente eficiente y
liera mucho más.
ente” soviético y
cho con insisten-
olítica que pudo

extraer una abnegación extraordinaria de sus militantes. El comunismo, orientado a Moscú, probaría un tipo de heroísmo particular, cuando sus líderes enfrentaron, pocos años más adelante, la persecución, las torturas escalofrantes hasta morir, y seguían con la organización política a sabiendas, a pesar de que la mayoría de ellos no tenía un tipo de formación del combatiente clandestino.

Los modelos marxistas de la URSS y de Cuba, o algunos sistemas revolucionarios del Tercer Mundo, constituían parte de la imagen de sí misma de la izquierda chilena; era el horizonte hacia donde había que propender y un constituyente esencial de su cultura política. Fueron importantes en otro sentido, sobre todo la URSS. Se suponía que los “estados socialistas”, en sus relaciones mutuas, representaban una sistema internacional cualitativamente nuevo, una “fase superior” de la historia internacional, que entre otras cosas, sostenían un intercambio económico “justo”. No era “explotador”, como el caso inevitable del sistema dominado por el “imperialismo”.

Aunque la ayuda al Partido Comunista y a la izquierda en general, había sido menor que lo que muchas veces esperaban, esto no hizo que la izquierda olvidara sus ilusiones sobre la capacidad de Moscú de venir en ayuda de la revolución chilena. Sobre todo, el papel de la URSS y de los sistemas marxistas, en la izquierda chilena, fue darle la sensación de que no eran una faceta de un rincón aislado del planeta. El vínculo, aunque sea por pura emulación, les proporcionaba el sentimiento poderoso de ser parte un movimiento global, del que eran una pieza relevante y se situaban en un momento determinado del desarrollo planetario.

Frei había reanudado relaciones con la URSS, rotas en 1948, el momento álgido de la ofensiva anticomunista de González Videla, después de haber sido establecidas por primera vez en 1945 (Cap. IX). Todo indica que los soviéticos estaban satisfechos con el gobierno de Frei, ya que, según veían ellos, tenía una orientación más “progresista” en relaciones internacionales, lo que debilitaba al “imperialismo”. Que esto haya sido así o no, es harina de otro costal; el asunto es que aunque conscientes acerca de la importancia del comunismo chileno, al cual ayudaban dentro de sus posibilidades, no ponían como prioridad una estrategia de penetración decidida en el cono sur. No es que le fueran indiferentes los aliados como los comunistas, o las fuerzas revolucionarias, que afectaban a Washington.

Moscú se había preparado para una mayor presencia estratégica, política antes que militar, en América del Sur. En 1967 le otorgaron un generoso crédito a Frei, aunque era poco servible, como mucha de la ayuda soviética, ya que suponía comprar productos industriales de esa procedencia. Al asumir, Allende expresó que el pueblo de la URSS le suscitaba “un sentimiento de admiración que le deriva del espectáculo de la edificación incansable de una sociedad

donde desaparecieron explotadores y explotados. La sociedad soviética es una sociedad que constituye el baluarte seguro de la paz en todo el mundo⁵⁸. No eran meras palabras de cortesía; reflejaban una creencia fundamental de la izquierda chilena.

Desde un inicio, Chile y la Unión Soviética firmaron una gran cantidad de acuerdos. Además el país, arriesgando una represalia de Alemania Occidental, estableció relaciones con la República Democrática Alemana, lo que iba más allá de lo acostumbrado por los países latinoamericanos hasta esos momentos. En 1971 Clodomiro Almeyda encabezó una delegación que realizó una gira por la URSS y por Europa Oriental, para coordinar la ayuda económica que se estaba recibiendo. Y lo declaraban así, explícitamente, de manera quizás de “cazar” a los soviéticos. No era, sin embargo, mera astucia, era parte del mapa de la realidad que tenían los chilenos. El vicepresidente de la CORFO, Kurt Dreckmann, dijo que se instalarían unas veinte fábricas en Chile, gracias a la asistencia soviética y de los países socialistas. Debieron “haberse construido hace muchos años ya por el sistema capitalista. Pero las circunstancias de que la economía dependía del imperialismo norteamericano, y a éste sólo le interesaba obtener ganancias y no nuestro desarrollo, jamás se levantaron⁵⁹. Aunque especulaciones fantasiosas, no dejaban de revelar una visión del mundo.

Lo que en realidad se obtuvo del bloque soviético, en los tres años de gobierno, fue magro y generoso a la vez. Lo primero, se amplió el crédito dado al gobierno de Frei, y se apoyó la construcción de dos fábricas, una de ellas se entregó como donación después del terremoto de julio de 1971. Se firmaron acuerdos pesqueros que provocaron una controversia pública, pues la oposición, quizás exagerando, decía que los recursos naturales se entregaban a la depredación soviética. Hasta 1972, la ayuda crediticia de los países marxistas era de 226 millones dólares. Esto no era despreciable, sólo que no tenía nada que ver con lo que esperaba el gobierno chileno. Cuando las cosas parecían naufragar, se confiaba que el bloque socialista viniera en ayuda de la revolución chilena.

En otros sentidos, sin embargo, la ayuda soviética no fue pequeña. “El mundo mirado desde Moscú” se veía, como es natural, de otra manera que al observarlo desde el valle de Santiago de Chile. Los recursos en divisas de la URSS eran muy escasos, y no sólo por la debilidad de su economía, muy patente después de la caída del sistema. En lo fundamental, la economía de los estados marxistas no interactuaba con la economía mundial; su comercio con los países desarrollados, era mínimo en relación al comercio internacional de la economía mundial. Su disponibilidad de monedas duras era muy limitada. Su posibilidad de asistencia estaba en productos, en maquinaria, en elementos físicos; sobre todo, en armas, para lo cual entregaba créditos muy generosos,

ya que esto también son los intentos soviéticos de armamento, y la re-

Vistas así las cosas, el gobierno socialista y ampliaron el crédito a la izquierda. En ese momento, el gobierno estaba en relación a la necesidad de apoyar a las economías —que era lo que venían haciendo los países del Tercer Mundo—, a los países que estaban siendo bombardeados por los países pro-soviéticos. Pero, al igual que en otros casos, se combinaba criterios de tipo estratégico con otros de tipo económico. Tenía que financiar una política decisiva para el período de la guerra fría como estrategias.

Para una economía que sobraba para regir el mundo, se ganó poco. Además, el “socialismo”, no como el comunismo, en lo moral, un estado exultante y victorioso, una política antiimperialista, una actividad de vanguardia, no se alcanzó un socialismo que pertenecía como el del PCUS.

Aunque los soviéticos, el Partido Popular, sus intereses, el general Luis Corvalán, el desarrollo de Chile estuvo más marcado por la fascista que les daba ventaja, y parecía confirmarse en el socialismo. Los chilenos los incom-

d soviética es una
el mundo”⁵⁸. No
lamental de la iz-

gran cantidad de
nania Occidental,
a, lo que iba más
a esos momentos.
e realizó una gira
económica que se
nanera quizás de
ra parte del mapa
la CORFO, Kurt
Chile, gracias a la
berse construido
instancias de que
te sólo le interesa-
aron”⁵⁹. Aunque
el mundo.

s años de gobier-
el crédito dado al
s, una de ellas se
971. Se firmaron
a, pues la oposi-
e entregaban a la
s países marxistas
ue no tenía nada
as cosas parecían
ida de la revolu-

añeña. “El mundo
era que al obser-
visas de la URSS
ría, muy patente
ría de los estados
ercio con los paí-
ernacional de la
muy limitada. Su
ia, en elementos
muy generosos,

ya que esto también cumplía con objetivos de tipo estratégico. Capítulo parte son los intentos soviéticos para que las fuerzas armadas chilenas adquirieran su armamento, y la resistencia de los oficiales chilenos a la tentadora oferta.

Vistas así las cosas, los soviéticos ayudaron con generosidad al Partido Comunista y ampliaron este tipo de asistencia a los socialistas y a otras agrupaciones de izquierda. En este sentido, Moscú hizo un esfuerzo. Claro, era bien pobre en relación a las esperanzas de los chilenos. La URSS dirigía sus recursos a apoyar a las economías del bloque soviético, y subsidiaba fuertemente a Cuba —que era lo que veían los chilenos—, cómo ayudaba a los sistemas revolucionarios del Tercer Mundo. Además, respaldaba o daba créditos dadivosos a países que estaban en su radio de acción geopolítico, como la India, amén de países pro-soviéticos, pero no marxistas, del mundo árabe, como Siria. Es decir, al igual que en su política exterior en general, en su proceso de decisión combinaba criterios ideológicos, la URSS como vanguardia del socialismo, y otros de tipo estratégico y geopolítico, el “interés de Estado”. Para colmo, tenía que financiar al régimen comunista de Vietnam, en una guerra costosa y decisiva para el prestigio de Moscú, por razones asimismo tanto ideológicas como estratégicas.

Para una economía —ahora se sabe demasiado bien— muy limitada, lo que sobraba para regímenes como el chileno, era poco; y de ese poco, no se entregó poco. Además, se consideraba a Chile como país “en construcción del socialismo”, no como “país socialista” a secas, ya que esto último hubiera exigido, en lo moral, un compromiso mayor. Esto no quita que los soviéticos hayan estado exultantes por el triunfo de Allende. Si a veces se hablaba de una “política antiimperialista” para referirse al proyecto chileno, otras se reconocía la actividad de vanguardia del Partido Comunista, y en las comunicaciones confidenciales, no se pone en duda que la meta final de la Unidad Popular era alcanzar un socialismo al estilo soviético. El nuevo embajador, Basov, no pertenecía como el anterior a la carrera, sino que era un miembro importante del PCUS.

Aunque los soviéticos establecieron relaciones con otros partidos de la Unidad Popular, sus interlocutores especiales eran los comunistas, su secretario general Luis Corvalán, sin duda el favorito, y Volodia Teitelboim. Su apreciación del desarrollo de las cosas en Chile era mixta, en general, a partir de 1972, estuvo más marcada por la aprensión. Por otro lado, sin duda, estaban encantados por la fascinación que en Occidente despertó la “experiencia chilena”, que les daba ventajas a cambio de poco, sobre todo porque incomodaba a EE.UU. y parecía confirmar las “leyes de la historia” que mostraban que el futuro estaba en el socialismo. En cambio, el programa económico y las continuas peticiones chilenas los incomodaban, y les disgustaba el puesto de proveedor que los chilenos

con ingenuidad le asignaban a Moscú. Esto se ve en un informe confidencial de julio de 1972:

De esta manera, el plan de desarrollo del comercio chileno-soviético propuesto por la parte chilena implica que la unión soviética tendría que aceptar condiciones que jamás se han contemplado en las relaciones de la URSS con los países en vías de desarrollo. Los chilenos esperan que la URSS les suministre anualmente grandes cantidades de productos de primera necesidad, y escasos en la URSS, como trigo, carne, mantequilla, algodón, etc., sobre la base de un crédito a largo plazo. A su vez, se supone que la Unión soviética tendría que importar productos, de los cuales no tiene mayor necesidad, y pagarlos de inmediato en moneda firme⁶⁰.

Desde luego, en el informe quedaba en claro que todavía no se consideraba a Chile “país socialista”, y que sus proposiciones de colaboración económica parecían descabelladas desde el punto de vista de los intereses soviéticos.

Como sea, cuando las cosas se ponían color de hormiga, en el segundo semestre de 1972, los chilenos pusieron toda su esperanza en obtener una ayuda soviética extraordinaria, *cash*. Este fue el objetivo básico del viaje de Allende a la URSS en 1972, días después de tener su gran momento de estrellato en las Naciones Unidas, el 4 de diciembre de ese año. En la URSS Allende fue muy bien recibido, y no dejó ninguna duda pública que ese sistema era un modelo para Chile. Se refirió a la Unión Soviética como “hermano mayor”, lo que creó una pequeña tormenta política en un Chile polarizado⁶¹. Mas, la ayuda esperada no se concretó⁶².

Ciertos relatos sugieren que Allende y su comitiva estaban indignados y enviaron a la directiva del Partido Comunista a presionar a los soviéticos, que Allende partiría antes de tiempo como signo de disgusto. Aunque esto sea exagerado, los veinte millones de dólares que obtuvo producto, se presume, de sus amenazas, es una cantidad nimia para las expectativas, aunque no pequeña para la URSS. Las premisas de los chilenos no carecían de una dosis de infantilismo. Mostraban el aspecto provinciano del marxismo, aunque no sólo del chileno; lo mismo se puede decir de algunos sectores del gobierno militar. En cierta manera, era una muestra de la particular combinación de toda sociedad, de mentalidad insular junto a una apertura al mundo.

Si a los soviéticos no les gustaba una “revolución sin sacrificios”, esto fue más marcado en Peking (como se escribía entonces). El gobierno de Allende cambió en forma rápida su reconocimiento de Taiwán a China Popular, aunque Peking pidió negociar antes con los representantes del gobierno de Frei. Veía a la Unidad Popular demasiado dentro del radio de influencia de Moscú. En cierta manera, esta apertura fue parte de una reorientación de la política

exterior chilena
en los años del g
China, aunque lo
del entusiasmo c
volcada al conflic
lución Cultural,
especial en Chile
pedir ayuda. Cor
líderes chilenos,

No fue mucho lo
los chilenos. Lue
a Allende, que s
archirrevolucion

Deseamos c
ayuda que s
cubrir una p
una contrib
que está en
nómico es t
bros la obli;
su lucha y o
una situació
(...) A fin d
colonialism
los países e
tomar el au
como medic
la ayuda ext
cias, en luga
Para desarro
diente, los p
largo tiemp
en que nue
palabra, sól
reales y en f
paso el obje
las condicio
formado co.

Este extraordina
interrelación del

exterior chilena hacia el área del Pacífico, que entraría en una fase más intensa en los años del gobierno militar. Hubo muchas visitas de líderes socialistas a China, aunque los chinos, salvo alguna frase de cortesía no manifestaron nada del entusiasmo de los soviéticos. Eran años donde la prioridad china estaba volcada al conflicto con la URSS; por lo demás, en las postrimerías de la Revolución Cultural, Peking estaba muy ensimismado como para tener un interés especial en Chile. Con todo, a comienzos de 1973, Almeyda visitó Peking para pedir ayuda. Como antiguo “maoísta”, el Canciller era el más adecuado de los líderes chilenos, quizás el único.

No fue mucho lo que consiguió, para no decir nada, dadas las necesidades de los chilenos. Luego, el primer ministro chino, Chou-En Lai le envió una carta a Allende, que se cita largamente, debido al mensaje clarividente y a la vez archirrevolucionario que allí se entrega:

Deseamos que esta medida pueda significar cierta ayuda para ustedes, ayuda que sólo podrá desempeñar, naturalmente, el reducido papel de cubrir una parte de sus necesidades urgentes. Nos habría gustado hacer una contribución relativamente grande a la construcción económica en que está empeñado el pueblo chileno. Pero, como nuestro poder económico es todavía muy limitado, y además, pesan sobre nuestros hombres la obligación de ayudar al pueblo de Vietnam y toda Indochina en su lucha y otros compromisos internacionales, nos encontramos aún en una situación en que nuestra fuerza está por debajo de nuestra voluntad (...). A fin de vencer estas dificultades <secuelas del imperialismo y del colonialismo>, además de ayudarse recíprocamente, lo fundamental para los países en desarrollo es apoyarse en sus propias fuerzas, vale decir, tomar el autosostenimiento como medio principal y la ayuda externa como medio complementario. Es muy peligroso apoyarse demasiado en la ayuda externa, particularmente en los créditos de las grandes potencias, en lugar de basar la economía en los propios esfuerzos del país. (...) Para desarrollar con autodecisión nuestra economía nacional independiente, los países del Tercer Mundo tenemos que trabajar duro durante largo tiempo, pagar cierto precio y hacer ciertos sacrificios. Confiamos en que nuestros pueblos son todos valientes y laboriosos (...) En una palabra, sólo actuando de acuerdo con las condiciones y posibilidades reales y en forma preparada y gradual es como se puede avanzar paso a paso el objetivo de cambiar la fisonomía de atraso económico y mejorar las condiciones de vida del pueblo. Este es el juicio nuestro que se ha formado con las experiencias vividas en carne propia por China⁶³.

Este extraordinario mensaje tiene una faz doble, de utopía y rechazo a la interrelación del mundo, por una parte; y por otra, de aceptación del trabajo

como premisa de construcción de la realidad social. En el fondo, es una carta de tono duro, que debe esconder su cuota de escándalo porque la “experiencia chilena” es, antes que nada, una revolución del consumo, y se pide ayuda para mantener el aumento que se realizó a fines de 1970, insostenible en 1973. El viaje a Moscú y lo que se podría llamar, la “carta china”, representaron no sólo un escenario de una etapa más bien final de la Unidad Popular, era también un último capítulo de “la época del subsidio”, de que la solución iba a venir más o menos en forma mágica desde “afuera”⁶⁴.

El compromiso revolucionario: la presencia de Cuba

Las relaciones con Cuba representan un caso extraordinario en la política exterior chilena. En las últimas cuatro décadas, las relaciones con este país han tenido más influencia en la identidad política de la sociedad y del Estado chileno, que toda otra vinculación con los vecinos del cono sur o con una gran potencia regional como Brasil⁶⁵. Es una paradoja de las relaciones de Chile con la *política mundial* en el siglo XX.

Como se ha dicho, la revolución cubana jugó un papel destacado en fijar a la izquierda marxista chilena en un programa que se podría llamar “anti-sistema”, revolucionario en lo estratégico y en la preparación de grupos armados *antes* de 1970. Esta última actividad sería protagónica en la relación entre ambos gobiernos⁶⁶. Para la campaña de 1970, Castro instruyó al MIR de no seguir con su guerrilla urbana —o simple terrorismo— por ahora, y fue una ayuda no insignificante al triunfo de Allende. Para la izquierda chilena, incluyendo a los comunistas en este caso, el modelo final a alcanzarse en Chile no podía ser menor que lo logrado por Castro; o hacia allá debía encaminarse. Esta influencia continúa, desvaída como tantas cosas en torno a la revolución, en parte de la izquierda a comienzos del siglo XXI.

La Cuba de Castro tuvo una influencia marginal en la política exterior del país. En cambio, la tuvo de manera manifiesta y quizás absoluta, en la política interna, en la estrategia de la Unidad Popular y, sobre todo, en el mismo Allende. Al formar su aparato militar, lo rodeó de una guardia pretoriana que sólo podía ver el “bien político” en el avance a un sistema marxista como el cubano. Creó, aunque sea en potencia, un ejército paralelo, no insignificante en cuanto a validez militar, que iba a provocar la reacción violenta de las fuerzas armadas chilenas. Ellos, los revolucionarios, lo sabían, pero esperaban que fuera después de que el proceso se hubiera hecho “irreversible”. Otros líderes de la Unidad Popular, que podrían haber jugado un papel de transacción, quizás eran psicológicamente incapaces de pensar en ir contra la estrategia cubana. Mientras armaba a la extrema izquierda, Castro tenía una idea clara de que la

posibilidad de co
unidad de la izc
militar con la of
quería interpone
ron una visita de
coalición chilena
posición a la U
entonces a la sit
público de adora
Chile, esto era n

Los chilenos le t
1971, que se ex
amado, atesorado
y la reina Isabel
de Castro fue la
corresponde a ot
poca de la oposi
consejos sobre la
cional, aunque s
poderoso, derro

Percibió la fortal
en 1959, aunque
sociólogo polític
lución, sino un p
nera. Tras su tr
tendría el impac
permanecido un
estilo, tomó la c
dos, sin ser capa
cambió las cosa
incapacidad de c
combativa de of
amarilla de izqui
rio, burlesco de
intervenia en pc
en la región de l
el campo de la p
asistir a todas la
poco combativa
que nunca. Un

posibilidad de consolidación de la Unidad Popular pasaba por conservar la unidad de la izquierda, y al unísono ir a la confrontación política y quizás militar con la oposición. Sobre todo, si Allende admiraba a Castro, éste no quería interponerse ante el chileno, aunque sí guiarlo. Ambas partes planificaron una visita de Castro a Chile con el fin de fortalecer, tanto la unidad de la coalición chilena, y de las relaciones entre ésta y el MIR; como dar una mejor posición a la Unidad Popular para “romper el empate”, como se llamaba entonces a la situación interna. Castro era un personaje mundial, y tenía su público de adoradores más allá de la izquierda en gran parte del mundo; en Chile, esto era más fuerte.

Los chilenos le tributaron un recibimiento grandioso el 10 de noviembre de 1971, que se extendió a casi todos los rincones posibles del país. Vitoreado, amado, atesorado por multitudes, sobrepasó el recibimiento a De Gaulle (1964) y la reina Isabel II (1968), aunque no al Papa Juan Pablo II en 1987. La gira de Castro fue la culminación de “la época de las visitas”, ya que la del Papa corresponde a otro momento. Se entrevistó con todo tipo de gente, pero muy poca de la oposición, porque ella lo visualizaba como su peor enemigo, y dio consejos sobre la más amplia gama de actividades. Su discurso era confrontacional, aunque sin perder el toque de habilidad táctica que lo ha hecho tan poderoso, derrochando energía y atractivo.

Percibió la fortaleza de la oposición, comparándola con la que él tuvo en Cuba en 1959, aunque en general sólo habló del “fascismo”. Ni que hubiera sido un sociólogo político, describió el momento liderado por Allende “no una revolución, sino un proceso revolucionario”. Nadie lo ha explicado de mejor manera. Tras su triunfal recibimiento el 10 de noviembre, todo indicaba que tendría el impacto que estaba pensado, y que tuvo inicialmente, si hubiera permanecido una semana, un lapso de todas maneras inusitado. Dentro de su estilo, tomó la ofensiva estratégica y sus enemigos en Chile estaban acorralados, sin ser capaces de decir nada. Pero se quedó hasta el 4 de diciembre y esto cambió las cosas. Fue tiempo suficiente para que mostrara su lado flaco, su incapacidad de coexistir con una crítica pública, la cual comenzó por la prensa combativa de oposición, que imitaba los métodos de la prensa políticamente amarilla de izquierda, y los copiaba con éxito. Se pintaba un cuadro sanguinario, burlesco de Castro, al que este respondía, dejándose arrastrar. No sólo intervenía en política interna; mal que mal, para eso era su visita. Al inventor en la región de la guerra de guerrillas, se le sometió a esas reglas del juego, en el campo de la política abierta. Al final, incluso sus partidarios se cansaron de asistir a todas las manifestaciones, y Castro no dejó de decir que consideraba poco combativa a la Unidad Popular, y que volvía a Cuba más revolucionario que nunca. Un poderoso mensaje.

No es casualidad que la movilización de los sectores más activos de la oposición comenzara con su visita, en la “marcha de las cacerolas vacías” el 1° de diciembre de 1971. Se inició un proceso de contra-movilización que no se detendría hasta el 11 de septiembre de 1973⁶⁷. El mismo Castro quedó mal impresionado de sus amigos en Chile, aunque nunca criticó a Allende en público, por quien parece haber tenido genuino respeto. Esto no le impedía dirigir la estrategia del chileno en lo que fuera posible, incluso de prepararlo para un enfrentamiento mortal y, dado que sabía la autoridad que tenía sobre Allende, “prohibiéndole salir con vida”, como se ve en un extraordinario documento de mediados de 1973. Se le cita entero, precisamente porque en los tiempos del “rescate de la memoria”, se le arroja al laberinto de la desmemoria.

Querido Salvador:

Con el pretexto de discutir contigo cuestiones referentes a la Reunión de los Países No Alineados, Carlos y Piñeiro realizarán un viaje a ésta. El objetivo real es informarse contigo sobre la situación y ofrecerte como siempre nuestra disposición a cooperar frente a las dificultades y peligros que obstaculizan y amenazan el proceso.

La estancia de ellos será muy breve por cuanto tienen aquí muchas obligaciones pendientes y, no sin sacrificio de sus trabajos, decidimos que hicieran el viaje.

Veo que están ahora en la delicada cuestión del diálogo con la Democracia Cristiana en medio de acontecimientos graves como el brutal asesinato de tu Edecán Naval y la nueva huelga de los dueños de camiones. Imagino por ello la gran tensión existente y tus deseos de ganar tiempo, mejorar la correlación de fuerzas para el caso que estalle la lucha y, de ser posible, hallar un cauce que permita seguir adelante el proceso revolucionario sin contienda civil, a la vez que salvar tu responsabilidad por lo que pueda ocurrir. Estos son propósitos loables. Pero en caso de que la otra parte, cuyas intenciones reales no estamos en condiciones de valorar desde aquí, se empeñase en una política páfida e irresponsable exigiendo un precio imposible de pagar por la Unidad Popular y la Revolución, lo cual es, incluso, bastante probable, no olvides por un segundo la formidable fuerza de la clase obrera chilena y el respaldo enérgico que te ha brindado en todos los momentos difíciles; ella puede, a tu llamado ante la Revolución en peligro, paralizar los golpistas, mantener la adhesión de los vacilantes, imponer sus condiciones y decidir de una vez, si es preciso, el destino de Chile. El enemigo debe saber que está aperebida y lista para entrar en acción. Su fuerza y su combatividad

pueden inclir
cunstancias s

Tu decisión e
precio de tu j
rán a tu lado
bres y mujere
esta hora hist
y heroicamen

Hazle saber :
amigos cubar

Te reitero el
nalmente. Fic

El temple de Salva
en respuesta al lla
política chilena me
tica” del país, quiz
intermedio de la C
tiembre la embaja
con la ayuda de la
revolucionario por
ros actos de la Jun
relaciones diplomá
Guevara en San Mi
izquierda. El apoy
comienzos de los 1

tivos de la oposición vacías” el 1° de zación que no se Castro quedó mal a Allende en público le impedía dirile prepararlo para nía sobre Allende, nario documento re en los tiempos smemoria.

la Reunión iaje a esa. El ecerte como ades y peli-

uchas obli- idimos que

n la Demo- to el brutal s de camio- os de ganar alle la lucha e el proceso onsabilidad o en caso de diciones de responsable opular y la des por un el respaldo s; ella pue- s golpistas, es y decidir e saber que mbatividad

pueden inclinar la balanza en la capital a tu favor aun cuando otras circunstancias sean desfavorables.

Tu decisión de defender el proceso con firmeza y con honor, hasta el precio de tu propia vida, que todos te saben capaz de cumplir, arrastrarán a tu lado a todas las fuerzas capaces de combatir y a todos los hombres y mujeres dignos de Chile. Tu valor, tu serenidad y tu audacia en esta hora histórica de tu patria y, sobre todo, tu jefatura firme, resuelta y heroicamente ejercida constituyen la clave de la situación.

Hazle saber a Carlos y a Manuel en qué podemos cooperar tus leales amigos cubanos.

Te reitero el cariño y la ilimitada confianza de nuestro pueblo. Fraternalmente. Fidel Castro⁶⁸.

El temple de Salvador Allende el día 11 de septiembre no se había forjado sólo en respuesta al llamado de Castro. Pero el involucramiento del cubano en la política chilena mostró un grado extremo de “internacionalización de la política” del país, quizás más importante que la que representó la de EE.UU. por intermedio de la CIA. Esta historia no terminaría aquí. El mismo 11 de septiembre la embajada de Cuba ocultó armas de la extrema izquierda chilena, con la ayuda de la embajada de Suecia, en un acto increíble de diletantismo revolucionario por parte del embajador Harold Edelstam⁶⁹. Uno de los primeros actos de la Junta de Gobierno, el mismo 11 de septiembre, fue romper las relaciones diplomáticas con Cuba y dinamitar un monumento a Ernesto (Che) Guevara en San Miguel, comuna de Santiago entonces muy identificada con la izquierda. El apoyo cubano a la guerrilla en Chile, no cesó, al parecer, hasta comienzos de los noventa.

